

ESCENARIOS VULNERABLES DEL NORDESTE ARGENTINO

ANA MARÍA H. FOSCHIATTI

Resistencia (Chaco – Rep. Argentina)

2012



Universidad Nacional del Nordeste
Facultad de Humanidades
Instituto de Geografía

AGENCIA



CONICET



Escenarios vulnerables del Nordeste Argentino

Copyright © 2012

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

ISBN 978-950-656140-6

Este libro cuenta con Evaluación Externa

Este libro fue financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y la Universidad Nacional del Nordeste (PICTO-UNNE 2007-00097)

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sin autorización expresa.

Los conceptos, ideas y opiniones contenidas en cada uno de los capítulos son de exclusiva responsabilidad de sus autores.



F- 748 Ana María H. Foschiatti , **Escenarios vulnerables del
Nordeste Argentino**. – 1a ed. - Resistencia (Chaco):

UNNE – ANPCyT - CONICET, 2012

419 p. : il.; 21 x 30 cm.

ISBN 978-950-656-140-6

1. Ecología Humana. 2. Calidad de Vida. 3. Desarrollo Social.
I. Título CDD 304.28

Diseño de tapa: Profesor Juan Antonio Alberto

Compaginación: Esp. Ing. Silvia Stela Ferreyra

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud es para todas las personas e instituciones que colaboraron con sus ideas y estuvieron presentes en la concepción y desarrollo de esta investigación, que culminó con la edición de este libro. Asimismo a todos aquellos que constantemente colaboraron en el proceso integral de mi crecimiento académico y personal.

A la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y a la Universidad Nacional del Nordeste que permitieron con su apoyo económico financiar este libro que resume los resultados del Proyecto de investigación PICTO 0097 "El Nordeste argentino como escenario de vulnerabilidad socioambiental".

A los colegas geógrafos del Instituto de Geografía de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste de los cuales tuve su acompañamiento constante y su apoyo con palabras, gestos o acciones que respaldaron y afianzaron mis iniciativas una y otra vez.

A todos los que tuvieron un abrazo, un comentario alentador y la sinceridad de su amistad en los momentos arduos y difíciles.

A mi pequeña Familia, que ha sido mi estímulo y contención, por su confianza, seguridad, paciencia y amor.

A la vida, por cultivar en mí la esperanza de pensar que las cosas pueden y deben renovarse, y que sostuvo vital y libremente, el espíritu transformador de mis prácticas y acciones.

PRÓLOGO

Dr. Guillermo A. Velázquez

Prologar una obra colectiva de gran magnitud como la presente representa, sin duda, un honor que agradecemos.

“Escenarios vulnerables del Nordeste Argentino” es una obra colectiva de gran envergadura por su extensión 419 pp., por la diversidad y cantidad de autores (17 en total: María Emilia Pérez, Patricia Snaider, Juan Alberto, Jorge Alberto, Ana María Foschiatti, Amalia Lucca, Marta Taborda, Vilma Falcón, Liliana Ramírez, Romina Claret, Celmira Rey, Dante Cuadra, Viviana Pértile, Norma Monzón, Marta López, Manuelita Nuñez y Emilias Lebus), por la amplitud de temas abarcados (escenarios naturales, ambientales urbanos, socio-demográficos, epidemiológicos, de organización, económicos, políticos y semióticos) y por el marco regional analizado (el NEA). Por último, pero no menos importante: esta obra colectiva fue realizada con fondos públicos y desde la propia región.

Todo ello permitió generar una obra de gran relevancia, que ha sido coordinada por la Dra. Ana María Foschiatti, geógrafa e investigadora del CONICET, que posee amplia producción y trayectoria en este tema.

La región del NEA tiene un interés especial para los geógrafos argentinos y para la sociedad en general ya que, en virtud de una serie de factores, llega muy mal posicionada a la Argentina del Bicentenario. Más concretamente, constituye la región más atrasada y desposeída del país.

Sus índices de pobreza, tanto por Línea de Pobreza (LP, vinculada a los ingresos), por Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI, asociada con cuestiones estructurales), o por Pobreza Convergente (combinación de Capacidad Económica de los Hogares y Condición Habitacional), resultan los mayores de la Argentina.

Por otra parte, considerando una combinación ponderada de indicadores socioeconómicos (vinculados con las dimensiones educación, salud y vivienda) y ambientales (referidos a problemas ambientales y grado de atracción del paisaje), podemos afirmar que se trata también de la región con menor índice de calidad de vida.

Siguiendo una escala numérica de 0 a 10 la Región Patagónica (la mejor posicionada) alcanza 7,53 puntos mientras que la del NEA (la última del “ranking”) exhibe 5,38 magros puntos.

Las ciudades intermedias poseen, en general, mejores condiciones de vida que las grandes o las pequeñas. Así, para el conjunto de la Argentina, las ciudades medias alcanzan un puntaje de 7,11, mientras las pequeñas sólo 5,05. Estos puntajes en el caso del NEA son, para las ciudades intermedias 6,22 y para las pequeñas tan sólo 4,84.

Históricamente la emigración ha sido una de las respuestas sociales e individuales para intentar hacer frente a esta situación. Sin embargo, en virtud de las experiencias de fracaso (no siempre debidamente asumidas), de retorno, o de resignación, las tendencias de migración extra-regional se han visto transformadas durante los últimos períodos intercensales.

En este sentido, las ciudades intermedias del NEA han absorbido, en mayor medida, parte de los flujos migratorios de sectores subalternizados intra-regionales, compelidos al éxodo, ya sea por verse

privados de sus medios de subsistencia o por carecer de expectativas en sus respectivos pueblos o parajes. Así lo respaldan los índices de calidad de vida citados anteriormente.

En términos de “ranking”, considerando al conjunto de 511 departamentos argentinos en el 2001, la posición de las 4 capitales provinciales del NEA era la siguiente: Posadas (Capital) 246º, Resistencia (San Fernando) 249º, Formosa 333º, Corrientes (Capital) 353º.

Otro factor importante que contribuye a explicar el alto grado de adversidad es el retraso en el proceso de Transición Demográfica Regional que continúa generando, por un lado, morbilidad y mortalidad precoz y, por otro, elevadas tasas de fecundidad.

Estos elementos atentan, por un lado, contra la provisión de servicios de salud y, por el otro, contra la necesidad de alcanzar cierto nivel de instrucción antes de insertarse precozmente en la PEA. Estas situaciones se retroalimentan entre los grupos más vulnerables, generando una suerte de círculo vicioso.

Asimismo la coexistencia de familias numerosas y de formas familiares no nucleares (extendidas y compuestas) suele agravar los problemas de hacinamiento. Estos se ven potenciados, a su vez, por la escasez de recursos recreativos (tanto de base natural como socialmente construidos) que se encuentren destinados a los sectores más vulnerables, habitualmente de escaso interés para el “mercado”.

Otro factor contextual es el rol que la Argentina como formación Socio-espacial otorgó históricamente al NEA: La provisión de mano de obra y de materias primas con escasa elaboración “in situ”.

A este cuadro se suma el creciente proceso de “pampeanización” de su estructura productiva (particularmente el avance de los agro-negocios) que, además de desplazar a las producciones tradicionales, incrementa el desempleo, la inequidad social y los problemas ambientales preexistentes.

Por estas razones y otras más (presencia de pueblos originarios privados de sus medios de producción, asistencialismo clientelar por parte de ONGs y de algunos gobiernos, dificultades de accesibilidad e infraestructura, problemas ambientales, barreras culturales, injusticia espacial en el acceso a servicios educativos, sanitarios, etc), que actúan en un contexto de alta vulnerabilidad, las ciudades intermedias del NEA han incrementado sustantivamente su grado de fragmentación social durante los últimos períodos intercensales.

Por eso se impone la necesidad de contar con más estudios como el presente, que ayuden a poner en evidencia los diversos tipos de vulnerabilidades existentes en esta región.

Este tipo de diagnósticos, además de poseer indudable valor académico, pueden contribuir a la mejor gestión por parte del Estado nacional, provincial y municipal, actor excluyente a la hora de intentar mitigar o -mucho mejor aún- revertir la penosa situación que padecen vastos sectores sociales en el NEA.-

ÍNDICE

	Página
INTRODUCCIÓN. <i>Dra. Foschiatti</i>	8
HIPÓTESIS y METODOLOGÍA . <i>Dra. Foschiatti</i>	13
RESUMEN. <i>Dra. Foschiatti</i>	17
CAPÍTULO I: LOS ESCENARIOS NATURALES	32
<i>A. La vulnerabilidad ambiental frente a los riesgos de origen climático. La influencia de los ciclos secos y húmedos en el Norte argentino. Prof. María E. Pérez.</i>	33
<i>B. Generación de cartografía necesaria para la posterior identificación de paisajes vulnerables realizada a partir de imágenes satelitales. Prof. Patricia Snaider.</i>	59
CAPÍTULO II: LOS ESCENARIOS AMBIENTALES URBANOS	94
<i>A. Las Fronteras Urbanas. Escenarios de Transición, Vulnerabilidad y Conflictos en el Área Metropolitana del Gran Resistencia. Prof. Juan A Alberto.</i>	95
<i>B. La vulnerabilidad ambiental resultante del crecimiento urbano sobre ambientes fluviolacustres. Propuestas de mitigación básicas a partir del Análisis espacial Mg. Jorge Alberto.</i>	126
CAPÍTULO III: LOS ESCENARIOS SOCIALES	152
<i>A. Factores sociales y demográficos generadores de vulnerabilidad en jóvenes y adultos mayores. Dra. Ana María Foschiatti.</i>	153
<i>B. El escenario social del AMGR. Análisis Témpero –Espacial de las condiciones de vulnerabilidad social, camino al siglo XXI. Mg. Amalia Lucca y Lic. Marta Taborda.</i>	183
<i>C. Mujeres en situaciones de pobreza: hacia la construcción de identidad de trabajadoras que viven en barrios periféricos de la ciudad de Resistencia. Mg. Vilma L. Falcón.</i>	198
CAPÍTULO IV: LOS ESCENARIOS EPIDEMIOLÓGICOS	229
<i>A. Morbilidad en la provincia del chaco (2000-2007). Aproximación a la distribución, dispersión y difusión de las principales causas de enfermedad de la población. Dra. Liliana Ramírez.</i>	230
<i>B. La situación de la mortalidad general en la provincia del chaco en la década 2000-2010. Evolución y análisis de causas a partir de la segregación espacial. Prof. Romina Claret y Dra. Liliana Ramírez.</i>	259
CAPÍTULO V: LOS ESCENARIOS DE ORGANIZACIÓN	277
<i>A. La movilidad territorial desde la perspectiva de los jóvenes. Resistencia, Chaco, Argentina. Mg. Celmira Rey.</i>	278
CAPÍTULO VI: LOS ESCENARIOS ECONÓMICOS.	297
<i>A. Industria maderera y vulnerabilidad socio ambiental. El caso de Machagai en el centro del Chaco. Dr. Dante Cuadra.</i>	298
<i>B. Vulnerabilidad económica y social de los pequeños productores tabacaleros en la provincia del Chaco. Mg. Viviana C. Pértile.</i>	320
CAPÍTULO VII: LOS ESCENARIOS POLÍTICOS	335
<i>A. Sociedad y Política. La vulnerabilidad en la práctica de la ciudadanía. Prof. Norma Monzón.</i>	336
CAPÍTULO VIII: LOS ESCENARIOS SEMIÓTICOS	347
<i>A. Discurso y vulnerabilidad semiótica. Mg. Marta López.</i>	348
<i>B. Relaciones y procesos productivos: Dimensión Económica de las relaciones sociales. Lic. Manuelita Núñez López.</i>	367
<i>C. Significados de la vulnerabilidad semiótica de los pequeños y medianos productores agropecuarios del Nordeste Argentino. Mg. Emilas Darlene Carmen Lebus.</i>	379

C. SIGNIFICADOS DE LA VULNERABILIDAD SEMIÓTICA DE LOS PEQUEÑOS Y MEDIANOS PRODUCTORES AGROPECUARIOS DEL NORDESTE ARGENTINO

Mg. Emilas Darlene Carmen Lebus

a. Introducción

Este apartado se desprende de la investigación titulada “*La vulnerabilidad socio-económica y semiótica del pequeño y mediano productor rural (PMP) en el NEA*”, dirigida por Mgtr. Marta López, desarrollada en el marco de la SECYT de la UNNE (PID 128/07) y que formó parte, a su vez, del proyecto acreditado ante la ANPCYT (Proyecto PICTO-UNNE: 2007-00097), ambos finalizados.

El mismo resume los hallazgos de la investigación concluida en 2010 a partir del cruce de las perspectivas semiótica y geográfica, partiendo de marcos conceptuales que abrevan en aportes de Hegel, Peirce, Freyre, Bateson, Watzlawick, Gergen, Zizek, Samaja, Magariños de Morentín, Marta López, entre otros, así como en ideas propias provenientes de trabajos previos de mi autoría (2006, 2009, 2010b).

El abordaje es *semiótico* en su esencia, aunque enfocado desde la mirada geográfica, concibiendo al espacio como una construcción socio-histórica contradictoria, en la cual, la organización y dinámica espacial resultante es, a su vez, condicionante del devenir de las sociedades. En este sentido es preciso abordar no sólo las estructuras territoriales en tanto manifestación “visible” del espacio, sino el proceso de estructuración por el cual el espacio se reorganiza permanentemente creando totalidades más integradoras. De ahí que un supuesto fundamental de este capítulo es que no podemos comprender los procesos de vulnerabilidad si no asumimos una perspectiva que focalice el análisis en esta dimensión de la *historia formativa del espacio*, o sea, en la perspectiva de totalización de los diversos niveles ontológicos que participan en su construcción y dinámica, resultante de la dialéctica que se establece entre espacio y sociedad, tal como lo concibe Milton Santos (1996, 2000).

Esto exige, en consecuencia, asumir que el espacio geográfico puede –y debe– ser estudiado en una *perspectiva dialéctica* para comprender cabalmente su configuración material y sus procesos formativos. Ahora bien, contrariamente a una idea muy arraigada en el paradigma positivista, en el cual se asume *lo dado* como objeto de estudio, cabe afirmar que la trama de esas relaciones que se establecen en el espacio es, en esencia y a todas luces, de *naturaleza semiótica*. Cuando hablo de historia formativa del espacio asumo que el devenir de las estructuras territoriales no son ajenas al *sujeto* que construye el espacio, y que no se puede captarlo de manera objetiva sin hacer partícipe a la *intersubjetividad* generada por quienes habitan, actúan, interpretan, en suma, *se representan* el medio en que viven de tal o cual manera. De ahí que en el marco de esta investigación, ello implica abordar *cómo se construye la condición de ser vulnerable en un contexto geográfico*, y esto, a su vez, exige adentrarnos al espinoso tema de la subjetividad humana, donde anclan las diversas situaciones y mecanismos de vulnerabilidad considerados en esta investigación, a partir de las realidades vividas por los pequeños y medianos productores (PMP) en el NEA.

Asumiendo este enfoque se partió del siguiente problema principal que orientó la investigación: *¿Cuáles son los significados que definen la vulnerabilidad social, económica y semiótica del PMP rural del NEA en la tendencia hacia una agricultura sin agricultores?* De éste se desprenden, como problemas secundarios, sobre los que gira el tratamiento de este capítulo, los siguientes interrogantes: *¿Qué significados asume la construcción discursiva que el PMP realiza respecto a su situación productiva (como realidad vivida)? ¿Cómo construye a los oponentes y su propia identidad como productor? Y, en relación a*

esto, ¿qué *representación* elabora de *su lugar* en la cadena semio-económica? La confrontación de diferentes discursos permite *inferir los significados* que asume la vulnerabilidad del PMP a partir de la captación de las *diferencias* como estrategia metodológica fundamental del análisis del discurso. Para esto es preciso abordar el *poder de semiosis del PMP en sentido horizontal* (respecto a otros tipos de productores) y *en sentido vertical* (en la cadena semio-económica¹ que integra). A tal fin se recurrió a la propuesta metodológica de Juan Magariños de Morentín (1996), aplicando las operaciones analíticas identificadoras y contrastivas. Mientras las primeras permiten identificar las “marcas” semióticas de la vulnerabilidad, por ser significantes del fenómeno estudiado, las segundas llevan al descubrimiento de los significados de dicha situación, dado que en el plano semántico comienzan a perfilarse las *pautas semióticas* (o reglas de significación que emanan de sus experiencias vividas), que definen su condición de *sujeto vulnerable* en un contexto determinado, en este caso, el NEA. Una idea central que quiero dejar planteada es que la

construcción discursiva de la vulnerabilidad, ligada a la reestructuración de los procesos productivos debida a la globalización, entronca con la retracción de un número cada vez mayor de PMP, por constituir –en el plano de la estructuración social horizontal de los agentes agrarios, esto es, respecto a otros tipos de productores- el componente más débil de la cadena agroindustrial. En ese *punto de arranque* de la cadena, el PMP padece dos desventajas iniciales: 1) Su *condición de inferioridad* respecto a los grandes productores y *pooles* de siembra (en lo económico y semiótico). 2) El *peso* que soporta en las relaciones verticales de la cadena, al impactar en el primer eslabón la distorsión que en aquélla se produce debido al mayor poder semiótico (y no sólo económico) de sus últimos eslabones. Esto último se origina en las estrategias de comercialización, marketing y del efecto representacional de las marcas de los productos elaborados al insertarse al mercado. Aquí es donde se desarrolla la contradicción: *precio de la materia prima / precio del bien que adquiere el consumidor*, asunto éste central para explicar su vulnerabilidad.

b. Abordaje metodológico

El desarrollo de las acciones de investigación se enmarcó en un diseño flexible, sustentado en aportes conceptuales diversos, como se anticipó en la Introducción. “Flexible” no significa menos riguroso sino una *perspectiva de indagación* del objeto-problema de estudio, orientada a captar, en su riqueza y profundidad, las diversas aristas involucradas en la materialización del fenómeno, es decir, de los discursos que conformaron el *corpus* de análisis de la investigación.

Considerando que el objeto que se plantea como plano focal de una investigación nunca es el objeto real tal como es empíricamente o en el mundo social concreto, sino que resulta siempre una construcción que el investigador genera en base a los objetivos que guían su búsqueda, de aquí en más lo llamaremos “*objeto-modelo*”, siguiendo a Samaja (1995).

Los planteos introducidos al comienzo llevaron a focalizar las acciones de búsqueda, en torno a los problemas formulados, abordando las *representaciones* de los productores agropecuarios, entendidas éstas como *significaciones* emergentes en el fenómeno discursivo tal como aparece en sus diferentes contextos de realización, así como la *percepción* que el productor tiene sobre *su lugar* en las tramas productivas. El plexo de significados que de ello deriva constituye el *objeto-modelo* de este estudio y el nivel de indagación que se prioriza en este apartado. Empero, cabe aclarar que el *objeto-modelo* constituye él mismo una construcción semiótica, de segundo nivel, ya que deviene de la perspectiva heurística que el propio investigador adopta en su búsqueda.

Este estudio se apoyó en fuentes diversas que aportaron el *corpus* de textos compilados y seleccionados para su análisis. Dichos textos no ingresaron a la

investigación siguiendo un abordaje lineal pues ésta no se ejecutó según el esquema habitual de etapas cerradas y pasos secuenciados establecidos de antemano. Por el contrario, se avanzó en un *espiral dialéctico*, lo que quiere decir que la fase de obtención de los datos, su tratamiento e interpretación no siguió un orden cronológico (al estilo “antes-después”) sino que el análisis se fue enriqueciendo con la incorporación de más textos y a medida que se iba complejizando el registro de diversas marcas semióticas en los discursos, así como la confrontación de éstos. Ello, además, requirió una *permanente vigilancia metodológica*, tanto para estudiar los diferentes discursos y la acción directa de los productores y de otros agentes sociales, como para controlar los datos que iban generándose en la investigación mediante las inferencias a que daban lugar.

Esta manera de operar se sitúa en la perspectiva de un *objeto-modelo* que fue reconfigurándose a medida que avanzaba la investigación, lo que requirió de distintas herramientas metodológicas y diferentes enfoques teóricos para captarlo *desde adentro*, en la plenitud de su ser, adoptando así una dimensión historicista del problema abordado que permitiera comparar distintos momentos en su devenir, hasta donde permitían las fuentes disponibles. Como se puede apreciar, partimos de la concepción de que los significados a descubrir en la trama de discursos que definen el problema de estudio constituyen un *objeto semiótico dinámico*, abierto a reconfiguraciones a medida que avanzaba la investigación.

Este enfoque proporcionó mayor flexibilidad al diseño y permitió registrar marcas de vulnerabilidad como parte de un *proceso constructivo complejo*. Cabe subrayar que esta perspectiva historicista fue, a su vez, interpelada en clave geográfica y semiótica, llevándonos así a un análisis que reclama la intervención de la dialéctica para comprender el fenómeno y analizarlo en sus contradicciones intrínsecas a fin de obtener conclusiones válidas. Digo esto porque no hay que confundir esta perspectiva con un

mero registro del suceder de los acontecimientos en el tiempo.

La comprensión y la construcción de significados sobre la vulnerabilidad de los PMP exigen, desde el punto de vista semiótico, una *tarea heurística*. En primer lugar, para identificar los significantes en cada uno de los discursos, en las diferentes formas de semiosis generadas. En segundo lugar, para confrontar esas marcas y hacer emerger los significados subyacentes. Y, en tercer lugar, reconstruir, a nivel semiótico, el plexo de relaciones descubiertas, de tal manera que permitiera inferir determinadas “*pautas*” (o invariantes semióticas) que sostienen la significación que los productores generan sobre su realidad, en las que se definen sus situaciones de vulnerabilidad discursiva.

Para esto, la obtención de datos se efectuó empleando distintas técnicas y priorizando determinadas fuentes de información conforme se fue avanzando en la investigación y a medida que el *objeto-modelo*, atento a la dinámica de los hechos estudiados, exigía distintas miradas.

A diferencia de la delimitación temporal que Marta López planteó al iniciar este Capítulo XI (titulado Escenarios Semióticos. Discurso y Vulnerabilidad Semiótica) como plano focal de la investigación, mi abordaje no se limitó al período de máxima tensión en el llamado “conflicto del campo”, sino que también abordó el desarrollo posterior de los hechos, considerando las distintas formas en que se canalizaron los reclamos del sector y, particularmente, de los PMP. Así, se consideraron las acciones del Movimiento de Productores Autoconvocados, en particular del Norte de la Provincia de Santa Fe, a través de la *observación participante*. También se han registrado y seleccionado contenidos informativos de las cadenas de e-mail que este grupo socializa diaria o semanalmente, así como los informes técnicos y la opinión de expertos sobre los temas que más preocupan a los productores. Además, se consideraron los informes dirigidos a las autoridades políticas, peticiones elevadas por la Mesa de Enlace y los discursos que se

generaron en entrevistas televisivas a distintos referentes del tema.

Por otra parte, el trabajo de campo se centró fuertemente en las entrevistas a PMP del Nordeste de la Provincia de Santa Fe, subregión que por sus características geográficas forma parte del NEA. De este modo se pudo contar con una gran diversidad de textos que permitieron captar el desarrollo de la semiosis a posteriori del conflicto del 2008.

Estas entrevistas si bien contaron con un cuestionario guía a los fines de focalizar el diálogo en los ejes centrales que nos propusimos investigar, se desarrollaron en el marco de una *conversación* con el productor donde éste tuvo la oportunidad de *explayarse* en los asuntos que le eran más significativos según su propia vivencia. De esta manera se apuntó a *explorar la* realidad del PMP mediante el descubrimiento de sus significaciones en sus contextos de *praxis*, mundo de la vida o en sus “*experiencias protagónicas*” –aplicando una categoría de Carlos Cossio (1964, 2002)-. Por lo tanto, dichas entrevistas no tenían un fin en sí mismas, ni pretendían ser la única estrategia de obtención de datos, sino ampliar el *corpus* de textos (discursos) con que se trabajó en la investigación y triangular datos (marcas de vulnerabilidad) procedentes de distintas fuentes. En este sentido, al mismo tiempo que constituyeron un rico material de estudio al poner de manifiesto la experiencia “vivida” por el productor, sirvieron también como control metodológico de esas marcas, tanto indiciales como simbólicas, que fueron obteniéndose a lo largo de la investigación mediante distintas técnicas de producción del dato científico.

Si bien las entrevistas se focalizaron en la realidad de los PMP también se tomaron algunos casos de otros *tipos* de sujetos agrarios, particularmente los que pertenecen a la categoría de grandes productores. El objetivo de las mismas fue reforzar las operaciones analíticas contrastivas que plantea Magariños de Morentín (1996), pues, si bien la comparación de marcas se realiza entre los discursos de los PMP entrevistados,

al contar con casos representativos de otra categoría de agentes agrarios (grandes productores) permitió captar mejor las *marcas diferenciadoras* en el abordaje empírico realizado. Esto facilitó la construcción de los significados de la vulnerabilidad de los PMP. Sin embargo, es preciso puntualizar que en el análisis contrastivo también se incluyeron otros discursos provenientes de distintos actores políticos y económicos, así como de la opinión ciudadana, sobre todo en el período de máxima confrontación durante el llamado conflicto “campo-gobierno” en el 2008.

El análisis realizado a partir de las entrevistas posibilitó obtener *datos simbólicos* que fueron surgiendo en la conversación con los productores. Además, el trabajo de campo permitió percibir y registrar indicios sobre su *modo de vida*, para lo cual también se recurrió a la *observación directa*, método de obtención de datos en terreno usado desde hace mucho tiempo en la Geografía. En el contexto global de esta investigación, esas observaciones se enmarcaron en un enfoque semiótico y operaron como una estrategia para detectar indicios del estado de situación de los productores, que condujera, por vía de la *triangulación de datos*, a corroborar las marcas emergentes en los discursos.

En este trabajo se exponen algunos de los resultados obtenidos en la investigación, priorizando los ejes de análisis puntualizados en la Introducción. De las tres operaciones que plantea Magariños para el análisis semiótico se pusieron en práctica las operaciones analíticas identificadoras y contrastivas. Las operaciones transformacionales, en cambio, exigen un abordaje más profundo ya que implican la consideración de discursos contrastantes considerados en diferentes momentos históricos. Aunque, como dije anteriormente, se han tomado textos de distintos momentos en la *evolución reciente* del devenir discursivo de los PMP, desde el inicio del conflicto 2008 a comienzos del 2011, cabe destacar que el abordaje de las operaciones transformacionales exigirían abrir la mirada en el tiempo para constatar marcas de vulnerabilidad en los PMP por una parte, y

en los discursos gubernamentales y de otros actores claves de la economía nacional por otra parte, lo que exigiría considerar la dinámica de la vulnerabilidad y de los factores de opresión que la originan en las últimas dos o tres décadas como mínimo. Por

c. Análisis de los discursos

Para que exista el diálogo es imprescindible el *reconocimiento* recíproco entre los distintos sujetos intervinientes en un proceso comunicativo. Dadas las características que adoptó la confrontación de discursos durante el conflicto productores/gobierno, podemos afirmar que allí no hubo diálogo, pues éste supone escuchar al oponente y aceptar la libertad del otro como parte de la propia conciencia de sí mismo como sujeto libre.

El tono descalificador que primó en los discursos del gobierno, sobre todo en el período de máxima efervescencia del problema en torno a la tan debatida Resolución 125, fueron precisamente lo contrario, la negación del otro como sujeto, dado el carácter virulento de los mensajes que pronto provocaron la reacción de los productores. El rechazo por parte de éstos se apreció no sólo en los contra-discursos sino en la acción misma de los productores, a través de nuevas formas de semiosis (como los cortes de ruta). Las calificaciones a las que recurrió Cristina Fernández de Kirchner (CFK) para referirse a los productores fue reforzada por quienes adhieren a la postura oficialista, tendencia que se ha constatado en discursos del mismo tipo, cargados de expresiones ardientes y claro tinte político manipulador de la opinión ciudadana, como por ejemplo, el conocido programa 678 que se emite en el canal de la Televisión “Pública”. Sin duda que estas estrategias del oficialismo constituyó –aplicando un concepto de Campbell (1989)- una *forma de redundancia* que buscó *producir*, en el plano intersubjetivo del imaginario social, una representación convergente, instalada desde los medios de comunicación, a fin de *hacer aparecer* al otro como un sujeto amenazante para la sociedad y la patria.

lo tanto, esta última fase queda abierta para ser retomada en la continuidad de la investigación aún cuando en este trabajo se incorporen indicios del pasado que anticipan, a modo exploratorio, cierta tendencia en la *génesis* de la vulnerabilidad.

Frente al “supuesto” peligro del retorno de un oscuro pasado de la historia reciente del país se buscó *presentificar*² una concepción desvirtuada del productor agropecuario, mediante comentaristas e incluso profesionales de las ciencias sociales que trataron el tema con un sentido no sólo descalificador sino ensimismado en una única visión, fuertemente ideologizada, denotando expresiones y gestos burlescos, revelando además un profundo desconocimiento del sector agropecuario y, en especial, de la realidad de los PMP.

La constante referencia a los hechos de los '70, trasladados a otro contexto distinto, como lo es la Argentina democrática en el siglo XXI, instaló categorías inapropiadas para dar cuenta de la diversidad de matices que hoy asume el agro argentino. Bautizados de “golpistas”, “terratenientes”, “oligarcas”, colocó a los productores en una situación *desconcertante* al comienzo del conflicto. A esos epítetos se sumaron otras expresiones tendientes a generar una ruptura en la sociedad y crear discordia entre ciudadanos, al denominar *piquetes de la abundancia* a esos cortes de ruta, pretendiendo así abrir una brecha entre los productores y su representación social en los sectores populares.

Este tono se mantuvo y se continuó calificando, también en estos términos, a quienes, paradójicamente, no se habían hecho “notar” con anterioridad a la Resolución 125: los pequeños productores. Quizás sea este error de tipificación en que incurrió CFK lo que provocó la *dialéctica* durante el conflicto, esto es, que sean esos mismos productores (PMP), sumidos en las situaciones adversas que venían soportando, y cansados ya de sus reiterados planteos, quienes engendraron el *movimiento de contragolpe* durante dicho conflicto, dejando de ser así sujetos

desconocidos para hacerse oír en la vía pública.

En esas circunstancias, éstos *vinieron a la existencia*, al ser reconocidos como agentes productivos y como ciudadanos, es decir, por ese nuevo “*acople*” *estructural* –como lo denominan Maturana y Varela (2003)- fruto de su participación en la trama comunicativa. Cabe señalar que la comunicación no es un mero agregado en un entorno social, tal como una prótesis que se acopla desde afuera, sino el campo mismo de semiosis a que el conflicto dio lugar, al “*ser parte de*” la trama discursiva, en la pragmática social, donde se entabla una lucha por el reconocimiento recíproco (de los unos a los otros). Sin duda, ésta es la instancia más rica del conflicto, al darse en dicho proceso el advenimiento de la diversidad del mundo rural, especialmente la multiplicidad de actores que lo constituyen. Esto fue el gran *descubrimiento emergente de ese proceso*, de tal

d. Vivencia de la vulnerabilidad: la condición de *ser-vulnerable*

El PMP significa su realidad desde un claro reconocimiento de “su lugar” en el entramado socioproductivo y en el escenario geográfico donde desarrolla sus actividades, al ser consciente de las condiciones desventajosas en que produce.

En las entrevistas realizadas se revelan los problemas más acuciantes que denotan las distintas experiencias de vida del productor, constatándose el estado de desamparo y abandono a su propia suerte, reflejo de la falta de políticas de Estado, por un lado, y mecanismos de inacción y ausencia de medidas concretas para el sector, por otro lado. Esto constituye una forma de opresión al no actuar para revertir los problemas que el PMP viene afrontando desde hace mucho tiempo, incluso agravados por las políticas de los últimos años. Un productor expresaba al respecto: “*Te prometen, te dicen y nunca llega el apoyo*”, agregando: “*El que está de turno –se refiere al gobierno- hace lo que quiere y cómo quiere*”.

Esta estrategia de dilación o de *mirar para otro lado* ante los problemas no hace sino reforzar las situaciones de vulnerabilidad socioeconómica y semiótica de los PMP.

modo que la llamada “*guerra de discursos*” reveló esta nueva realidad que sólo se constituyó *por medio y en* el discurso. Fue un descubrimiento en el sentido de que *algo nuevo se develó* a partir del proceso de alumbramiento de esta realidad, pues, al decir de Maturana y Varela: “... dentro del lenguaje mismo el acto de conocer, en la coordinación conductual que el lenguaje es, trae un mundo a la mano.” (*ibidem*:155).

Esto quiere decir que en el proceso de significar el mundo, cuyo único modo es en el lenguaje, se crea una *realidad* y ésta no es sólo una dimensión ontológica sino también *cognitiva y semiótica*. En tal sentido, Hegel, hace tiempo, y Samaja recientemente, nos enseñaron que *objeto y sujeto son dos aspectos intrínsecos y dialécticamente contradictorios de un mismo proceso: el conocimiento*. Éste es el sentido profundo que se procuró desentrañar en torno a la vulnerabilidad de los PMP.

¿Cómo se manifiestan estas dimensiones de vulnerabilidad? Una de las formas de reconocer estas situaciones consiste en tener en cuenta los principales problemas identificados por el propio productor, los cuales emergen, en una primera instancia del análisis, en las marcas (significantes) de vulnerabilidad identificadas en sus propios discursos, y en una segunda instancia, de la confrontación de estos discursos entre sí, como también con las voces y mensajes de otros actores ligados al sector.

Muchos productores reconocen que la sequía constituyó un problema gravísimo en los últimos años en el Nordeste Santafesino, pero lo que las entrevistas revelaron como trasfondo de su vulnerabilidad es la *falta de políticas a largo plazo* que coadyuvan a mejorar las condiciones de producción. Ello se traduce en carencias de infraestructura, no sólo de obras básicas como rutas, puentes, puertos, sino también en la imposibilidad que ese productor tiene de manejar el agua para mejorar su labor. La falta de infraestructura apropiada impide atenuar factores negativos (asociados a las condiciones climáticas o las grandes distancias a los puertos), a la vez que

dificulta el aprovechamiento óptimo de los recursos del sistema agrario (como el agua o el suelo). Esto pone de manifiesto la gran vulnerabilidad geográfica y ambiental, además de social.

La ausencia de políticas a largo plazo no sólo marca la continuidad de las condiciones materiales adversas para la producción sino que, además, pone de manifiesto la alta vulnerabilidad semiótica de los PMP radicados en el interior del país (ej. el Norte de Santa Fe como parte del NEA). Paradójicamente, el discurso de CFK aludió, a menudo, que a su gobierno le interesa el “Interior Profundo”. En contraposición, en varias entrevistas se pudo detectar, desde los productores, expresiones como éstas: “Producir aquí es muy distinto al sur de la provincia” –refiriéndose a Santa Fe-; “Un pool de siembra no va a elegir nunca nuestra región para producir” –aquí se hace alusión a los suelos de baja aptitud agrícola y a la carencia de rutas apropiadas, de puertos, etc.-. Digo que esto evidencia la vulnerabilidad semiótica de los PMP porque revela que por mucho tiempo *se “negó”* esta realidad, a pesar de haber sido denunciada reiteradamente por los productores en los medios de comunicación, locales y regionales, e incluso nacionales durante la sequía extrema que afectó el NEA en el 2008 y 2009, momento en que el fenómeno alcanzó trascendencia nacional. El no reconocimiento del otro equivale a la negación de su existencia, siendo ésta una estrategia de uso frecuente entre quienes detentan el poder.

Por otra parte, la falta de apoyo crediticio que aparece como marca recurrente en los discursos de los PMP es una indicación su alta vulnerabilidad. Por ejemplo, un entrevistado señalaba: “Es muy difícil alcanzar a mantenerse si no hay apoyo. Hay mucha gente que teniendo apoyo podría hacer otra cosa” –se refería a otras producciones alternativas como la granja, la cría de cerdos, aves u otras-.

La carencia de riego en el Nordeste Santafesino –subregión agrícola-ganadera, de los cultivos industriales tradicionales como el algodón y la caña de azúcar, hoy desplazados

frente al avance de la soja- constituye un problema sustantivo. La sequía de los últimos años se tradujo en un empobrecimiento extremo de los pequeños productores, mientras que los medianos apenas si pudieron “subsistir”. Así, por ejemplo, el hijo de un productor manifestó que “desde 1998 sólo en dos años se obtuvieron buenas cosechas; en el resto, solamente se lograron de 200 a 500 kg. por hectárea (ha.)”. Otro productor refuerza la misma idea señalando que “de 20 años se perdió la producción en 14 de ellos debido a la sequía”. Ese mismo entrevistado agregó al respecto:

El productor chico la única manera que tiene para salvarse es poder manejar el riego. Solucionando ese problema un pequeño productor puede vivir en el campo produciendo con 50 has.

La importancia que tiene el riego como factor de transformación de las pequeñas explotaciones es reconocida por todos los productores entrevistados.

Asimismo, la referencia a las sequías que han llevado a la vulnerabilidad socioeconómica y psicológica extrema a los PMP es un dato clave para comprender el contexto global de la realidad de este tipo de productores. Frente a las pérdidas totales que se registraron en la última sequía, señalan que en esas condiciones el Estado debiera haberles brindando ayuda, mediante asistencia crediticia a tasa cero. Es llamativo que los PMP no exigen subsidios, sino ayuda financiera, por carecer de solvencia económica. Los créditos que otorgan los bancos privados les resultan inaccesibles. Un productor señaló, al respecto, que “por ahí a uno le dan un crédito pero no se puede pagar... es un salvavidas de plomo”. Otro productor aseguró que “son muchos los requisitos que pide el banco”. En consecuencia, se infiere que no existen condiciones operativas adecuadas que desde las políticas públicas acompañen a este tipo de productores, dejándolos a la deriva.

Por otra parte, las entrevistas revelan que las retenciones son un mecanismo que succiona el ínfimo recupero que logra ese productor cuando las condiciones climáticas y los precios de las cosechas acompañan. Cabe pensar entonces que los PMP son una

importante fuente de ingresos para las arcas públicas, pero no existe ningún apoyo “efectivo” para mejorar las condiciones en que produce, lo cual constituye una marca de vulnerabilidad semiótica, además de socioeconómica, habida cuenta que estos planteos fueron hechos reiteradamente por los productores y no se los ha tenido en cuenta. Esto refuerza la *opresión* que se ejerce hacia el primer eslabón de la cadena. Dada la realidad de los PMP, esta opresión se vivencia como una carga abrumadora.

En este contexto, *¿cuál es la situación percibida por los PMP? Es decir, ¿qué representaciones construyen acerca de su propia realidad?* En primer lugar, perciben que se están distanciando cada vez más de aquellos productores con mayor capacidad operativa. Existen brechas económicas y tecnológicas que los separan de los grandes productores, a lo que se suman los mecanismos perversos del gobierno (particularmente de la política actual) que pone a todos los productores bajo las mismas exigencias. Un productor manifestaba: “No nos pueden poner en la misma bolsa con los que siembran 2.000 ó 3.000 has. con el tema impuestos. Eso exige mucho sacrificio”. La escasa capacidad operativa de los PMP impide mejorar su situación si no existen políticas de Estado que posibiliten crear esas condiciones. Esto es percibido como una carencia que viene de lejos.

En segundo lugar, los PMP se identifican con un *lugar marginal* en el tejido socio-productivo. Frente a este estado de cosas que parece perpetuarse en el tiempo sin visos de cambio, dada la diferenciación extrema entre agentes productivos, cada vez más pronunciada debido a la concentración de la producción en unos pocos actores, los PMP *sienten que van a ir desapareciendo*. Se consideran relegados al olvido por el gobierno y las propias instituciones agrarias, como se puede apreciar en las decisiones de algunas cooperativas que muchas veces han sido perjudiciales. Así, un productor expresaba que los intereses que cobran esas cooperativas son muy altos, arrastrándolo a un endeudamiento del que aún le cuesta salir.

Por otra parte, un PMP refiriéndose a la realidad de los productores más

vulnerables puntualizaba que “*un productor chico con 40 ó 50 has. sembrando soja, al precio actual, se funde igual*”. Esto significa que la polarización de los agentes productivos agrarios plantea un desafío enorme para los PMP; situación ésta que es reconocida por ellos mismos en las entrevistas y que podría expresarse así: o diversifican su producción haciendo un aprovechamiento más intensivo de los factores que intervienen en el proceso agrario (como el riego), propendiendo a la industrialización *in situ* de la materia prima y la colocación de esos productos directamente en los supermercados locales, o bien, ese productor desaparece fagocitado por los mecanismos opresores que tienden a la concentración de tierras, capital y tecnología en unos pocos agentes claves: los grandes productores o los *pooles* de siembra.

Muchos de los PMP están buscando alternativas. La contrastación de los discursos permite inferir el desafío que enfrentan: reducir la capacidad ociosa que existe actualmente en determinadas actividades agrarias. Por su parte, aquellos que lograron crecer y hoy se perfilan a ser grandes productores advertían que una explotación pequeña que hoy se dedique a producir soja requiere una mínima cantidad de trabajo, cuando en realidad si se diversificara e hicieran otras actividades el resto del año podría lograrse ocupación plena y aumentar su rentabilidad.

Esta *visión* que permitiría la transformación de la realidad de muchos PMP se constata más en los productores que se dedican a actividades alternativas (es decir, no al cultivo predominante de soja). Éstos, a pesar de las condiciones adversas que afrontaron en el período de sequía, lograron sobrellevar la situación y mantener su fuente de ingresos. Así se expresaba el hijo de un productor: “*Nosotros nos pudimos mantener gracias a los cerdos porque si no tendríamos que haber vendido el campo*”. Como contrapartida, desde los discursos oponentes (gubernamentales) se constata que no hay una actitud de apertura a los reclamos de los PMP que implique el conocimiento de sus realidades. Se sienten desamparados y

olvidados. Un productor fue contundente cuando señaló:

Y esto se soluciona con los que tienen el poder para solucionar las cosas. Tienen que bajarse del caballo. Y bajarse del caballo significa salir de las oficinas y venir a ver acá lo que estamos padeciendo. Yo los invitaría a que vengan quince días a pasar con esa gente: que te piquen los mosquitos, sin aire acondicionado porque aquí tenemos el ventilador grande que es el viento.

Esta expresión revela que los PMP se sienten solos ya que ven a los dirigentes muy distanciados de sus vivencias concretas, desconociendo la realidad del interior del país. Cabe destacar que la apreciación antes citada es de un productor que desarrolla una actividad que exige un trabajo más intensivo como es el tambo, razón por la cual puede analizar la realidad considerando la situación dramática de otros productores aún más pequeños. Sostuvo que a los productores minifundistas que operan en una zona más marginal, como la Cuña Boscosa Santafesina, que tenían sólo unas 10 ó 15 vacas, les fue imposible salir de la crisis que sobrevino con la sequía.

Por otra parte, ese mismo productor manifestó que él tiene en su explotación familiar, *“un tractorcito chiquito, una camioneta del año 1972 –o sea que ya tiene 39 años- y un acoplado chiquito”* (que se puede constatar a simple vista). Con esos medios puede transportar hasta Fortín Olmos (en la Cuña Boscosa), a 90 km. de distancia, los rollos de forraje que produce en su explotación, en la zona rural de Avellaneda. Pero el que no tiene esos medios (que no son *las 4 x 4* a las que reiteradamente CFK alude en sus discursos oficiales) no puede sobrevivir en época de sequía. Comentó, al respecto, que hay otros productores minifundistas que andan a caballo (o sea, no disponen de ningún medio para transportar alimentos ni cosechas); varios de éstos, al estar en

bancarrotas total en esas circunstancias, tuvieron un trágico final: se suicidaron.

Este reconocimiento de las necesidades que tienen los productores más excluidos y desamparados denota el *despertar al proceso de concienciación* (Freyre, 2008) como primer paso hacia la liberación de la opresión. Para este autor, el inicio de ese proceso (el despertar de la conciencia) sólo es posible a partir del acto de *re-conocer*³ la realidad del otro. Y esto es, en alguna medida, la construcción de una forma de solidaridad. Sin embargo, es preciso señalar que este *re-conocimiento* es constatable *“entre”* los productores pequeños; no así desde los más grandes hacia los pequeños donde se advierte –coincidiendo con el señalamiento que hace Marta López al inicio de este capítulo- una marcada ausencia de solidaridad.

Es evidente que los productores disponen del *conocimiento entrañado en la praxis*, o sea, arraigado en el saber que emana de sus experiencias productivas. Poco a poco va generándose un proceso de concienciación acerca de las disímiles realidades según las capacidades operativas y las condiciones en que los PMP desarrollan sus actividades, que son radicalmente diferentes a las de los grandes productores. Y al diferenciarse lo hacen desde un lugar de marginalidad en el imaginario socio-agrario.

Esta *“representación”* que construyen sobre su vulnerabilidad se manifiesta en sus discursos, pudiéndose afirmar que a pesar de las condiciones de pauperización en que muchos PMP viven y producen, esta significación contribuye a reforzar su identidad en escenarios geoeconómicos cambiantes. Esto último puede ser concebido como una fortaleza en el proceso de reconocimiento mutuo al que me referí al comienzo, condición necesaria del despertar de la conciencia.

e. Significación del productor acerca del apoyo al sector agropecuario

De las entrevistas realizadas y de su confrontación con otros discursos se infiere, como percepción de los entrevistados, que no existe apoyo a los PMP, o es

circunstancial e ineficaz, consecuencia de la ausencia de políticas de Estado.

En los discursos, los dirigentes aparecen como un oponente sordo y ciego,

ya que al no tomar en cuenta las dificultades planteadas por los productores se refleja su inacción y, tras ésta, persisten las situaciones de olvido que el productor viene padeciendo desde hace mucho tiempo. Los gobiernos no escuchan ni tampoco las instituciones ligadas al sector coadyuvan, plenamente, a mejorar las condiciones de producción.

Como se dijo, no existen créditos blandos para los PMP; además, el apoyo financiero de las cooperativas es inadecuado, pues ante la reducida la capacidad operativa de estos productores, ese apoyo termina siendo un arma de doble filo. Parafraseando a Hegel (2002), se trata de un *apoyo inauténtico*.

Esto se puede corroborar tanto en la *sumisión* de los productores a esa situación, como en su imposibilidad para hacer frente a las normativas crediticias que se imponen desconociendo la realidad de los PMP, establecida por quienes detentan el poder, llámese gobierno o entidades financieras. Por otro lado, la dirigencia política “oficial” da un mensaje distorsionado a la opinión pública, alejado de la realidad de estos productores, en el que se pretende crear una imagen equívoca de éstos al etiquetarlos como sujetos *nunca conformes*.

Algo similar se detecta respecto a las leyes laborales vigentes que dificultan al PMP contratar mano de obra rural. Se comprueba nuevamente la ausencia de apoyo del Estado. A este tipo de productores le es muy difícil dar empleo “en blanco” dada su gran vulnerabilidad. Y al no disponer de capital suficiente tampoco pueden tecnificarse para suplir mano de obra y así, poco a poco, van quedando al margen del sistema.

Al no ser partícipes del proceso de transformación tecnológica y carecer de un

f. Génesis de la vulnerabilidad: papel del contexto histórico-geográfico

El estado de vulnerabilidad en que hoy se encuentran muchos PMP no surgió recientemente. Si queremos comprender la realidad actual es preciso hurgar en la *génesis de su vulnerabilidad* ateniéndonos al amplio espectro de situaciones que configuran la realidad agraria nacional y regional. Por este motivo es oportuno preguntarnos cuáles son

interlocutor que escuche y actúe frente a este problema subsisten en un estado de alta vulnerabilidad, que, de persistir, marcará el camino a su lenta y silenciosa desaparición. Este proceso generalmente pasa desapercibido en el contexto productivo actual, debido a la impronta que crean los agentes económicos más fuertes en los escenarios rurales. Resulta oportuno señalar que los productores no consideran que blanquear la mano de obra rural esté mal, sino que habría que encontrar los mecanismos para hacerlo, donde el Estado se haga co-responsable de esa carga tributaria, lo cual sería ya una gran ayuda para este tipo de productores.

Por otro lado, los PMP advierten la importancia que tiene el sector agrario en el Interior, dado el papel dinamizador sobre los demás eslabones de la cadena. De ahí que su revalorización permitiría evitar no sólo la emigración de los peones rurales sino la de los propios productores, empobrecidos y semióticamente marginados, hacia las ciudades. Lamentablemente, estas voces que advierten de la importancia de la actividad agraria, sobre todo aquella liderada por los PMP por ser factor de arraigo en las economías regionales que impulsan, no son tenidas en cuenta por quienes tienen el poder de decisión para mitigar su vulnerabilidad. En consecuencia, se infiere que no hay voluntad política de dar apoyo ya que los productores más vulnerables *no existen* en el imaginario socioeconómico de quienes controlan la concentración de riqueza en las cadenas productivas, a raíz del peso que tienen los últimos eslabones en las decisiones que se toman.

los indicadores que ponen de manifiesto el origen del problema.

Teniendo en cuenta las *marcas* que revelan los distintos discursos confrontados es posible inferir, a modo exploratorio, cuáles han sido los “detonantes” que en la semiosis social de estos grupos han funcionado como *bitos*, reconocidos en el imaginario colectivo,

en el proceso formativo de la vulnerabilidad semio-económica en que hoy están sumidos muchos de estos productores.

La política de Menem al establecer un *tipo de cambio equivalente al dólar* redundó, al cabo de unos años, en un estancamiento de la actividad económica. Un productor señaló, al respecto, que “*Menem dijo que tenían que desaparecer 70.000 productores y, efectivamente, desaparecieron*”. Los discursos académicos, por otra parte, convergen en torno a dicha apreciación. Así, por ejemplo, Olivier Blanchard (2003) señala como fecha de inicio de la decadencia argentina las decisiones tomadas en 1991 para combatir la inflación. Subraya este autor que el equipar el peso argentino a una moneda fuerte como el dólar, en tanto símbolo está bien, pero no hay que confundirlo con la realidad misma, pues nuestro país no es la economía fuerte de Estados Unidos. Y agrega: “*Que las dos naciones tengan la misma tasa de cambio es un crimen contra la lógica; demostró también ser un crimen contra la Argentina.*” (*ibidem*: 28)

La decadencia argentina admite, en este sentido, un origen reciente, pues, en aras de combatir el fantasma de la inflación, terminó originando una brecha que nos separaría cada vez más no sólo del mundo desarrollado sino de nuestros países vecinos. Hoy, a diferencia de lo que Blanchard expresaba en el 2003, la potencia del Norte también comercializa con Brasil y ello no se debe a una actitud piadosa de Estados Unidos de abrir la mirada a países latinoamericanos, sino a las propias conquistas de Brasil, que aún no hemos alcanzado los argentinos como nación.

Otro aspecto que confluyó en la génesis de la vulnerabilidad son los *altos impuestos* que desde hace mucho tiempo afrontan los productores y que van en aumento. Si tenemos en cuenta que el costo de los insumos es cada vez más alto –al importarlos a precio dólar- mientras los PMP reciben migajas por su producción al momento de vender, es dable comprender que esta *brecha* está en la génesis del problema. Además, su baja capacidad de reinversión en su explotación les impide

incorporar nueva tecnología, y sin ésta ni capital, les resulta inviable el aumento de la escala de producción.

Finalmente, las *dificultades para acceder al crédito* es otro de los aspectos que fueron llevando a los PMP a situaciones de vulnerabilidad extremas, hasta el punto de explicar conductas autodestructivas que se desencadenaron con esta situación, puntualizadas en otro momento.

Si desde el punto de vista socioeconómico el ícono fue la crisis del 2001, su génesis –en la escala del largo plazo- deviene de mucho tiempo atrás, tal como puede inferirse de la contrastación entre los discursos. Resulta incomprensible que, a más de un siglo del inicio del modelo productivo argentino dependiente de la exportación de materias primas (fines del siglo XIX), hoy continuamos siendo un país que descansa en la fuerza del sector primario de la economía, si tenemos en cuenta que el plus industrial de las exportaciones sigue siendo bajo. Por otra parte, es paradójico que, en el marco de los discursos oponentes, se esté sumamente preocupado por el incremento de la pobreza en el país y se levante la bandera de la redistribución de la riqueza, cuando prácticamente la única fuente de divisas para garantizar esa distribución está debilitada por el cierre de algunas exportaciones básicas, o por la drástica reducción del stock de materias primas (como sucede en la ganadería vacuna). Pero más dramático todavía es la ausencia de un interlocutor que asuma estos problemas que vienen siendo denunciados por los productores.

En este sentido, los PMP perciben al oponente como un *actor desinteresado* por esta realidad *vivida* por los productores, por lo que no se sienten parte de la nación. En sus discursos se destacan marcas que evidencian un patrón psicosocial de marginalidad, al ser ignorados como parte constructora de los destinos de este país, y cuando existe referencia a ellos se alude a una “imagen” que, a vistas del oponente (en especial, el gobierno), está cada vez más distante de la realidad misma. En este sentido se pretende tergiversar la realidad instalando la confusión

en la sociedad a través de etiquetas descalificadoras para referir a ellos, tales como *terratenedores*, *oligarcas* o *golpistas*.

El análisis revela que los PMP viven de una manera dramática esta situación, sin hallar los mecanismos apropiados y eficaces para revertirla. Al ser parte del problema, dada su reducida capacidad operativa, se hallan ensimismados en los procesos que lo mantienen en su estado de opresión. Como dice Freyre (2008), en situaciones de opresión, quien está oprimido no toma conciencia de su estado hasta que aparezca un detonante, un hecho paradigmático que comience el proceso de movilización de la conciencia.

Por otra parte, aquellos que tienden a ser grandes productores consideran que el problema central de los más pequeños es la magnitud reducida de sus explotaciones y, en consecuencia, su estrecha capacidad económica. La *cuestión de la escala* constituye, en estos momentos, una variable determinante de su vulnerabilidad, en todo sentido, incluida su vulnerabilidad semiótica, ya que hay un complejo entramado de relaciones que entroncan, de alguna manera, con las tierras disponibles y la densidad técnica del proceso productivo.

¿Por qué digo esto? Porque el análisis de las entrevistas muestra la tendencia siguiente: las unidades de explotación agropecuaria de gran peso económico, ligado a la producción de escala, generan, cual si fuese un movimiento de contragolpe, una mayor capacidad de lobby y de poder semiótico. Y éste, además de definir los bordes de otras semiosis⁴ (como la que conforma la realidad de los PMP), sirve para generar estrategias de imposición de decisiones que inciden en los eslabones

g. Distorsiones en la cadena de valor semio-económico

Atañe ahora tocar las distorsiones que se desarrollan en la dimensión *horizontal* y *vertical* de las cadenas productivas. Tal como lo explica Marta López al comienzo de este capítulo al plantear el concepto de *cadena semio-económica*, en ésta se produce una relación que no es sólo de tipo económica sino también *semiótica*. Esto último está

sucesivos de la cadena, "*tensionando*" a su favor (de los que más concentran) los lineamientos políticos y las medidas concretas que se implementan en la producción, traduciéndose esto en un efecto manipulador en el mercado.

El papel de las grandes marcas de ventas de los productos industrializados tiene un gran efecto en las cadenas productivas, pues aún cuando los PMP generen un producto de calidad y precio, les resulta difícil colocarlo en las góndolas de los supermercados debido a la *fuerte pregnancia semiótica* que las marcas prestigiosas provocan en el imaginario colectivo (tal es el caso de los productos *La Serenísima*).

Por otra parte, los bienes primarios que no se industrializan en nuestro país terminan siendo vendidos por los PMP a los grandes acopiadores, en cuyas manos está la exportación. Al primar allí una organización monopólica (o bien, de oligopolio), los productores con baja capacidad operativa (económica y semiótica) dependen del precio que fijen los agentes concentradores.

En este sentido, la *dimensión geográfica* —o la *territorialidad* que sustenta una explotación agraria— constituye una línea de análisis que debiera ser más estudiada por estar empujada en la génesis del problema. No me refiero a lo geográfico como sinónimo de superficie. No es una cuestión de tamaño, sino todo lo que esa base geográfica (o sustrato territorial) implica, como por ejemplo, la posibilidad de acceso a créditos o la incorporación de tecnología de punta. El *problema de la escala* se revela en los propios discursos de los P.P., para quienes, *vivir en el medio rural* es algo más que levantar una cosecha; *es un modo de vida, una manera de ser y estar en el mundo*.

vinculado al poder de semiotización de los PMP respecto a otros agentes económicos (los grandes productores y los *pooles* de siembra), por un lado, y en relación a los distintos eslabones que se articulan dentro de una misma cadena productiva, por otro lado.

A continuación se expresan los resultados de la investigación en ambas

direcciones del análisis.

h. Vulnerabilidad semio-económica en la dimensión horizontal de las cadenas productivas

Uno de los aspectos que asume la vulnerabilidad semiótica de los PMP consiste en la *falta de una identidad propia* dentro del sector primario de la economía, o sea, en el marco de la totalidad más integradora de la que forman parte: el sistema agrario argentino.

No se trata de un problema del sentido de pertenencia de los PMP ya que éstos se identifican entre sí a partir de los mismos problemas que enfrentan y situaciones análogas vividas. Es decir, su experiencia de *praxis*, su mundo de vida, expresa significados convergentes sobre su *“realidad productiva”*.

La falta de diferenciación surge, en cambio, en las representaciones distorsionadas que elaboran quienes tienen la capacidad de decisión (y de imposición de su poder semio-económico) sobre el resto de los agentes productivos.

Asimismo, en los niveles gubernamentales existe una percepción equivocada respecto a los PMP, dado que *las políticas hacia el sector conciben al campo como un todo indiferenciado*. Esto se debe a la falta de conocimiento de lo que denomino las *realidades “situadas”*, esto es, las situaciones singulares en que los PMP desarrollan sus actividades, entrañadas a su modo de vida y a las características de los espacios geográficos en que producen, y no sólo debidas al tipo de cultivo que realizan. Con frecuencia se habla de los sojeros, de los ganaderos, de los productores de oleaginosas, pero rara vez se los contextualiza en los escenarios concretos en que actúan como *“productores”*.

Esto último hace que poco a poco se haya dejado de considerar, tanto en los discursos como en la política concreta, su condición de *agentes* y, más aún, al ser humano concreto, que experimenta y *vive en carne propia* un sinnúmero de circunstancias sociales y culturales que trascienden la actividad económica en sí. Ha habido pues un desplazamiento del centro de interés en las decisiones, en las que *se prioriza el producto*

generado y el proceso productivo (dada su fuerte impronta tecnológica) *y no al productor y su modo de vida*.

Esto último es una tónica palpable en los funcionarios y, muchas veces, hasta en la propia dirigencia del sector agropecuario, ya que salvo honrosas circunstancias –caso concreto cuando hay una sequía extrema o una gran inundación- el PMP no es tenido en cuenta en la definición de las políticas ni en los reclamos que el sector desarrolla. En este sentido, es evidente que los PMP están en una situación de desventaja significativa respecto a los grandes productores y los *pooles* de siembra.

Estas diferencias en la dimensión horizontal de las cadenas semio-económicas se aprecia, por otra parte, en la tendencia reciente experimentada por los grandes productores; éstos han sabido asociarse para hacerse grandes, lo que les ha permitido tener la suficiente capacidad operativa para concentrar factores de producción, a los cuales no tienen acceso los PMP. Me refiero particularmente a la concentración de tierras, capital y tecnología. Estos tres aspectos concatenados hacen que los grandes productores manejen economía de escala.

Esta característica les permite tener mayor maniobrabilidad en el proceso productivo ya que disponen de un margen mayor de capital para adquirir insumos e incluso presionar para obtenerlos a menores costos. Por otra parte, les permite afrontar mejor las situaciones climáticas adversas. Al respecto, un entrevistado expresó: *“El grande evade muchos impuestos. Los grandes productores echan quiebran y dibujan mucho...”*. Con ello da a entender que hay maniobras subterráneas en la cadena semio-económica que hace que el grande pueda eludir situaciones, como la evasión fiscal o sortear obstáculos administrativos, haciendo como si desapareciese la empresa, aunque en realidad reaparece con otro nombre, sin que se le exija justificar estas estrategias.

Subrayo esto último porque ahí radica, precisamente, la vulnerabilidad de los PMP, quienes ante un endeudamiento o embargo de sus explotaciones agropecuarias no pueden proceder del mismo modo. Éstos deben afrontar todo el peso que recae sobre su explotación dado el mayor costo proporcional que paga por los insumos, los combustibles y los impuestos. En este sentido, la falta de decisión de los funcionarios para generar políticas diferenciadas en la recaudación impositiva contribuye a acrecentar aún más sus desventajas socioeconómicas y semióticas frente a los grandes productores.

Esto último quedó reflejado en la instancia de mayor exacerbación del conflicto campo-gobierno, donde el motivo principal de la protesta agraria se desencadenó por las retenciones.

Sin embargo, aún cuando en el proceso de reclamo hacia el gobierno por la tan criticada Resolución 125, muchos PMP salieron a las rutas porque vieron *su oportunidad* para expresar la vulnerabilidad que venían afrontando desde antes, esta participación no se tradujo luego en ninguna medida política concreta para ese tipo de productores. De ahí que algunos de éstos, haciendo la autocrítica sobre ese fenómeno, sintieron que fueron usados como caballo

i. Vulnerabilidad semio-económica en la dimensión vertical de las cadenas productivas

El análisis de los datos permite afirmar que la concentración de valor agregado en los últimos eslabones se expresa, en el inicio de la cadena semio-económica, como una instancia de máxima vulnerabilidad para los PMP, ya que es allí donde *pesa* el excedente generado eslabón tras eslabón a medida que nos acercamos a la fase de comercialización y consumo.

Esa acumulación, muchas veces desmedida, de valor agregado en los eslabones terminales lo denominaré *efecto exceso de plusvalor semio-económico*. Empleo este término para referirme a un concepto que fue trabajado con anterioridad por Marta López (2009, ebook), quien habla de un *“gigantismo de los valores semio-económicos en los últimos tramos*

de batalla de los grandes productores, a quienes más desfavorecía la abultada cifra de sus ingresos que se les sustraería por las retenciones.

Resta decir que esta distorsión que los PMP experimentan por la falta de diferenciación de sus condiciones de producción se traduce en *sentimientos de impotencia y desprotección*. Sin embargo, abrigan la esperanza de que algún día se pueda llevar a cabo un diálogo profundo entre el productor primario, el industrial y el comerciante, y llegar a un acuerdo que permita reafirmar la participación del productor en el valor agregado al bien y no que esa decisión recaiga, como ha venido sucediendo, en los últimos eslabones.

Sin embargo, teniendo en cuenta las tendencias explicitadas, es más un anhelo que una posibilidad concreta. En contrapartida, se ha podido constatar que los grandes productores y los *pooles* de siembra tienen la posibilidad de “acordar” con los otros eslabones, en los cuales las estrategias de lobby son una práctica frecuente. Además, se ha podido corroborar que éstos tienen mayor capacidad de presión hacia el gobierno, así como acuerdos subrepticios al momento de comercializar y, en particular, al exportar, que no logran los PMP.

de la cadena” debido al efecto de las marcas. En esta misma dirección se expresa Antonio Caro Almela (2009, ebook) al plantear una *semiotización hipertrofiada* en la etapa del consumo.

Dicho incremento exacerbado del bien en la fase final, o sea, cuando está disponible para el consumo, resulta ser, en la mayoría de los casos, un plus valor semiótico, consecuencia de las estrategias de marketing, lobby, patentes y marcas. Profundicemos un poco este concepto.

Dado que cada una de esas “mediaciones” destinadas a incorporar un valor simbólico al bien implica un conjunto de actividades organizadas a tal fin, esos valores agregados en cada fase implican,

asimismo, *una red de operaciones* involucradas, por lo que termina convirtiéndose en *plus valor semio-económico*. De este modo, el efecto simbólico no sólo se consigue mediante la marca con que sale un bien a las góndolas de los supermercados, sino que, implícitamente, tiene la impronta de las múltiples mediaciones que han intervenido en su creación, constituyendo así un producto altamente semiótico (y semiotizado). De ahí que su efecto simbólico no está dado únicamente por la marca de comercialización (el nombre con que se lo identifica en el mercado) sino, sobre todo, por el signo “económico” con que adviene, esto es, su precio de venta más elevado. A este proceso que conlleva un aumento excesivo del valor final de un bien, luego de haber pasado incrementos sucesivos y concatenados en cada eslabón, lo denomino *efecto exceso de plusvalor semio-económico*.

Dada la impronta que la marca crea en el plano de la comercialización y el consumo, por la *significación* que el producto adquiere para el usuario y en las relaciones de intercambios, a este signo-mercancía que de ello resulta Marta López propone denominarlo *signo semio-económico*.⁵

Entre los eslabones que más inciden proporcionalmente en él están, en primer lugar, las industrias y los supermercados, pero sobre todo, los operadores de marketing, publicidad y promoción de bienes. Es preciso aclarar que esta exacerbación del significado que adquiere el producto, vía la marca y las acciones que ésta conlleva para diferenciarlo de los demás productos en la interface comercialización/ consumo, implica un distanciamiento simbólico y económico cada vez mayor de los primeros eslabones de la cadena semio-económica. Por ello Marta López plantea como hipótesis explicativa de este fenómeno en el contexto del capitalismo globalizado lo siguiente:

(...) la semiotización exacerbada de la mercancía como último eslabón de la cadena de producción, es sólo posible mediante la de-semantización de los primeros eslabones, los que corresponden al trabajo material. (2009, ebook)

Cabe aclarar que esa *de-semantización*⁶ tiene como correlato directo las diversas formas de vulnerabilidad de los PMP que se exponen en este apartado.

Este giro que ocurre en los procesos de significación, por los cuales se produce una “exageración” del valor simbólico y económico de un bien en la fase del consumo, en desmedro del valor originario que tenía en la génesis de la cadena, se corresponde con las nuevas tendencias y *modus operandi* que adopta la economía globalizada, mediada, a su vez, por el nuevo paradigma comunicacional basado en el uso de las nuevas tecnologías (en sus diversas formas virtuales). Marta López expresa, en esta dirección, que:

En el actual capitalismo, el mayor valor semio-económico se habría desplazado entonces desde el trabajo en la producción material primaria hacia las últimas etapas de la cadena, caracterizadas por el consumo simbólico. La importante semiotización (paralela a la valoración económica) de la mercancía en la etapa del consumo se manifiesta en la construcción discursiva de la marca mediante su nombre, su logotipo y sus eslóganes. (ibidem.)

En definitiva, asistimos a un nuevo fenómeno socioeconómico y semiótico que implica un desplazamiento de las actividades y procesos materiales (incluida la materialidad del bien producido) hacia acciones comunicacionales basadas en procesos virtuales en las que asume un valor “significativo” el halo de íconos que revisten simbólicamente un bien de consumo.

Esta dimensión simbólica que adquieren los objetos de consumo estarían anticipando, como lo ha dejado instalado Juan Samaja en uno de sus últimos escritos (2007) que estaríamos asistiendo a la conformación de *una nueva “macrosemiótica”*, basada en los procesos y objetos virtuales. En esta misma línea, en otro trabajo (Lebus, E., 2010a) he adelantado algunos de esos atributos que tendría este nuevo estrato de signos y significados que surgen a partir de las actuales relaciones socioeconómicas, semióticas y tecnológicas. Es en este nuevo

contexto donde el papel de la marca de un bien (y todas las operaciones ligadas a ella) adquiere un lugar destacado. Refiriéndose a la impronta que la marca genera en la diferenciación del producto, Marta López señala lo siguiente:

*(...) digamos que esta estrategia se entiende como una acción por la cual una empresa (generalmente oligopólica) intenta destacar sus productos de entre los que compiten con él, para construir un “monopolio” en el mercado, un “monopolio de la marca”, dado que es ésta la que básicamente instaura la diferencia. Es por ello que es dable pensar que **la marca es semiótica no sólo porque se construye mediante símbolos e íconos, sino por la potencialidad que posee, precisamente, para crear diferencias.** Esta potencialidad es, como sabemos, la característica fundamental de la significación. (ibídem; el destacado es suyo).*

Nos percatamos pues que el efecto de semiotización que se produce en los tramos finales de la cadena semio-económica tiene como contrapartida, en los primeros eslabones, los procesos de exclusión que actualmente se verifican en la reestructuración de las relaciones socio-productivas y en el reordenamiento de los escenarios rurales. Dichos procesos favorecen la concentración de poder en algunos pocos actores e instalan la dialéctica de la exclusión que es la antítesis de la concentración -recordemos, al respecto, el planteo de Marta López al iniciar este capítulo-. La búsqueda de claves explicativas a este fenómeno nos lleva hasta Hegel, quien, a partir de la dinámica del método dialéctico (negación de la tesis y negación de la antítesis) obtiene nuevas categorías lógicas, entre ellas, las categorías de *repulsión* y *atracción*, las que se vuelven equivalentes, en el plano de las relaciones semio-económicas, a las antes mencionadas de concentración y exclusión. Viene al caso mencionar que el trabajo de Hegel es precursor de muchos de los análisis que recién hoy afloran al pensamiento científico, precisamente por haber generado -rememorando las enseñanzas de Samaja- *una semántica pura de las*

categorías científicas. Sin embargo, dado el peso de la concepción epistemológica de fuerte arraigo positivista/empirista, en abierta oposición, a su vez, a la corriente racionalista/idealista, la valorización de la real importancia de los aportes de Hegel a la ciencia pasó casi inadvertida hasta hace muy poco tiempo.

Este apartado es, en este sentido, una contribución en esta línea, en el que además de buscar explicaciones al fenómeno estudiado se pretende abrir la reflexión en torno a las categorías cognitivas que intervienen en el análisis semiótico de los procesos productivos, con especial énfasis en los efectos que el nuevo orden económico mundial, y su correlato argentino, están generando en los escenarios rurales e incidiendo, de un modo especial, en los PMP.

Retomando nuevamente las distorsiones que se generan en la dimensión vertical de las cadenas semio-económicas, cabe señalar el peso que tienen, sobre el eslabón primario, quienes controlan la exportación de productos de origen agropecuario. El PMP percibe que es allí donde se genera la distorsión de precios, esto es, la diferencia abismal que existe entre el precio que el productor recibe al momento de entregar la materia prima y el precio del bien elaborado cuando llega al supermercado.

Por otra parte, los PMP intuyen que existen fuertes intereses creados en los últimos eslabones de las cadenas, que no alcanzan a percibir nítidamente, pero que tienen que ver con el accionar de grupos a quienes no les conviene que los PMP comercialicen directamente. Entre la producción primaria y la exportación o la venta en el supermercado, existen *diversos intermediarios* que generan esa distorsión de precios, lo que redundará directamente en la vulnerabilidad socioeconómica del productor más pequeño. Al respecto, un productor expresó que *“los intermediarios se quedan con la torta más grande”*.

En este sentido se expresa, nuevamente, que el poder económico está dialécticamente relacionado con el poder semiótico -como lo marca también Manuelita

Núñez en el apartado anterior de este capítulo- ya que los mejores precios los obtienen aquellos grandes productores que tienen capacidad y conocimiento “preciso” de las operaciones en bolsa para especular con la entrega de su producción, quienes además disponen de los contactos para negociar mejor el precio al momento de exportar o al efecto de sortear los obstáculos administrativos para realizar la operación.

En cambio, el PMP no puede llegar directamente ni siquiera a la góndola del supermercado, pues, aún cuando la venta para el consumo interno permite evitar la burocracia y las trabas económicas y reglamentarias que existen para exportar en condiciones competitivas, su reducida capacidad económica, y también semiótica, le impide superar los factores condicionantes que existen para proveer directamente a los consumidores locales, tal es el caso de los controles bromatológicos y las limitaciones para procesar la materia prima al carecer del capital requerido.

Esta situación se aprecia claramente en el caso de los productores tamberos, donde existe una fuerte dependencia de las grandes cooperativas lácteas, que además no están radicadas en la región (como ocurre en el Norte de Santa Fe). Es bien sabido, además, el mal manejo financiero de algunas cooperativas, las que, debido a intereses particulares de sus dirigentes, dejaron de *actuar solidariamente con sus asociados*, tergiversando los auténticos valores del cooperativismo, para pasar a depender de un grupo económico que las fue absorbiendo y transformando en auténticas empresas privadas.

En el sector lácteo, pero también en lo que respecta a los molinos harineros⁸, los que tienen mayor poder de negociación (capacidad de lobby) ejercen una fuerte presión sobre los PMP, dado que al establecer acuerdos con las cadenas de supermercados bajan el precio de venta en

desmedro de los productores primarios, pues es evidente que sus márgenes de ganancia se mantienen estables. A modo de ejemplo, cuando se le preguntó a un entrevistado quién se queda con la mayor parte de la torta, respondió:

Los industriales y las grandes cadenas de supermercados porque esos presionan a las industrias para que le bajen el precio. Le dicen: yo te compro tal cantidad si me vendés a tanto. La cosa viene de arriba para abajo.

Y agregó que debiera ser, en cambio, de abajo hacia arriba: “*Está así, todo al revés.*”

Frente a este problema algunos productores ven, como una única solución, la unión entre los distintos eslabones para que todos los sectores que intervienen en las cadenas productivas puedan participar en la generación de ganancia. Sin embargo, en las actuales circunstancias, esto parece más una utopía que una realidad, ya que modificar ese estado de situación significaría renunciar a la concentración de poder económico y semiótico que, como vimos, beneficia a unos pocos que manejan el negocio. Por otra parte, dada la tendencia a la polarización de los agentes productivos debido a la sojización que está modificando sustancialmente el tejido socio-productivo agrario en nuestro país, es improbable que quienes concentran el poder de decisión en los últimos eslabones quieran *ceder lugar* para que emerjan los PMP, haciéndose notoria la ausencia de solidaridad entre los eslabones. Y al no haber un marco normativo que regule la expansión de dicho cultivo y, a la par, políticas concretas de apoyo a los PMP, se legitiman modos de competencia que tienden a desplazar a los más vulnerables fuera del sistema, al minimizar su presencia como agente económico. Éste al no hallar los espacios de participación y expresión adecuados termina siendo un sujeto con débil poder semiótico, es decir, sumamente vulnerable, negándosele así su propia existencia.

j. Condiciones contextuales que acrecientan la vulnerabilidad del PMP

Uno de los aspectos que contribuyen a reforzar las situaciones de opresión en que se encuentran muchos PMP es *su propio modo de*

ser. La triangulación de datos provenientes de las entrevistas y de otras fuentes revela, como una *pauta* de este tipo de productores, su *apego*

a las prácticas agrarias aprendidas, lo que, unido a una mentalidad individualista que aún prevalece en las comarcas rurales del NEA, explica el estado de desprotección y el desamparo que sufre ante factores adversos, ligados tanto a las políticas económicas como a las circunstancias climáticas.

En el marco de esta investigación se ha podido constatar que las nuevas formas de semiosis surgen como respuesta a las situaciones de opresión que *sienten* y *experimentan* los PMP, entre las que cabe destacar: 1- Convocatorias masivas: reuniones de ciudadanos, dirigentes y agentes económicos del sector agroindustrial y comercial que apoyan al reclamo de los productores; 2- Presencia junto a las rutas en el período de mayor agitación del conflicto en el 2008; 3- Petitorios presentados a autoridades políticas (aparece un reclamo fuerte a los legisladores, que antes no tenían mayor protagonismo en el tema, vinculando la figura del Senador con el Interior, con *lo federal*).

Como sabemos, los procesos semióticos implican no sólo el uso de la palabra (forma de reclamo tradicional) sino nuevas estrategias expresivas, que comprometen el cuerpo y la acción. Aparecen también nuevos medios tecnológicos, inexistentes hace dos décadas atrás, como los celulares y las formas de interacción digitales, que permiten la *coordinación horizontal* de los reclamos agrarios, o sea, la vinculación con otros productores de caracteres similares.

Sin embargo, es preciso notar que muchos PMP permanecen al margen del uso de tales medios como instrumento para generar nuevas formas de semiosis ya que actúan *ensimismados en el devenir de sus propias labores cotidianas*, o en un estado de situación que ya está naturalizado y del cual es difícil salir. Esto último aumenta su vulnerabilidad semiótica, que pasa inadvertida por la sociedad en general, pero que persiste, con mayor o menor crudeza, aún después de concluida la instancia dramática del conflicto 2008.

A esa característica cabe agregar la incidencia de las prolongadas sequías que en los últimos años ha contribuido a acentuar el panorama desolador y de abandono que viven muchos PMP. En esa ocasión de emergencia agropecuaria, los *consignatarios* (quienes compran la materia prima y luego la venden a las industrias o a los exportadores) habían bajado notoriamente el porcentaje que cobraban a los productores. Esto permite inferir lo opuesto: cuando la situación climática es favorable, el papel de los intermediarios en la cadena de valor tiene una incidencia palmaria sobre el margen de rentabilidad de esos productores.

Por otra parte, la *trama de agentes económicos* que se articulan en torno a la producción agraria ha sido, y sigue siendo, en gran medida *desconocida*. Se dice, a menudo, que la actividad agropecuaria no genera empleo, pero esta aseveración –reiterada por el gobierno– se funda en un *profundo desconocimiento* del sector. Tomando algunos datos para ilustrar, el Sindicato de Peones Rurales es el que más afiliados tiene en el país, agrupando a 800.000 trabajadores inscriptos, aunque esta cifra corresponde al 60% de los trabajadores rurales con empleo en blanco, por lo que se estima que la mano de obra rural asciende a un millón y medio. Téngase en cuenta que muchos de estos “peones” (como suele llamársele) son absorbidos por explotaciones pequeñas, más intensivas en mano de obra. El alto porcentaje de jornaleros no registrados expresa, como *contracara* de la evasión fiscal señalada reiteradamente desde el gobierno, la “imposibilidad” de dar empleo en blanco, como quedó reflejado en las entrevistas realizadas a PMP, siendo ello un signo de su vulnerabilidad ante el fisco.

Por otro lado, según el Censo de Población de 2001, sólo el 11% de la población argentina es rural. Sin embargo, hay comunas que si bien tienen más de 2.000 habitantes, o incluso ciudades con una población numerosa, dependen en gran medida del sector agropecuario, aunque el INDEC las considere urbanas. Es oportuno recordar que las actividades económicas que se entrelazan con la producción agropecuaria

son numerosas, como las fábricas de maquinarias agrícolas, de autopartes, el trabajo de profesionales, el comercio y el consumo en general en los pueblos, comunas y parajes distribuidos en la vasta geografía del Interior.

En consecuencia, si se considerara como población rural a la que habita en localidades de menos de 20.000 habitantes – dado su estrecha conexión con la producción agraria como ocurre en la región pampeana y en el NEA-, en la provincia de Santa Fe el 33 % sería población rural, en Córdoba casi el 32 % y en Entre Ríos el 40 %. Ese “ajuste estadístico” expresaría con mayor fidelidad la realidad de los pueblos del Interior que “viven del agro”.

Por otro lado, si se tomara en cuenta que la cadena de valor sostenida por el sector agrario no comprende sólo las actividades que se realizan en el medio rural (como lo postula la tradicional categorización), y si se abandonara la clasificación obsoleta de sector primario, secundario y terciario por el concepto de *cadena agroindustriales*, deberíamos incorporar también otras actividades en las mediciones estadísticas para tener una descripción más realista de la geografía agraria y del valor que su trama productiva representa para el PBI nacional. ¿Por qué no se hace? Debido a la *desinformación* que condiciona el conocimiento preciso de la realidad e impide asumir esas otras actividades que *complementan y hacen posible* que el campo argentino hoy esté entre los más competitivos del mundo, dado su alta productividad y nivel de tecnología incorporada. Así, habría que incluir a los veterinarios, ingenieros agrónomos, investigadores y extensionistas del INTA; industrias derivadas del agro e industrias que fabrican maquinarias agrícolas. Como corolario resulta que el 34 % del empleo total del país lo generan las cadenas agroindustriales, lo que significa un aporte del 40 % al PBI nacional.

Esta *falta de información veraz aumenta la vulnerabilidad de los productores más pequeños*, obviándose su papel en las economías regionales. Al no ser valorizada la cadena que

movilizan se genera *otra forma de vulnerabilidad*: la *negación* de su contribución a la sociedad como forma de exclusión.

Se aprecia el *efecto de distorsión de la información* que termina *ofuscando el papel de los PMP en el entramado social*, a pesar de ser los agentes económicos, en el origen de la cadena, que por dicha condición (de “productores”) *la sostienen*. Su *rol social* queda totalmente *solapado* por la importancia concedida a la industria, a los servicios como sectores “independientes” (separados) de la producción primaria y, especialmente, a los grandes productores, quienes, con su alta tecnificación y manejo de capital operan en el campo desde una lógica capitalista de neto perfil financiero y especulativo. Su consecuencia es la liberación de mano de obra rural y un fuerte impacto ambiental debido a la alteración de los ecosistemas que genera la introducción del “paquete tecnológico” ligado a la expansión de la soja.

Por ello, una mirada integradora se impone como una necesidad inminente para generar el diálogo social, condición indispensable para la toma de conciencia del papel que los PMP tienen en las cadenas productivas y en la sociedad. Empero, la negación a ver *otra realidad* impide que se diseñen e instrumenten políticas más coherentes con esas *realidades situadas*, de modo que permitan potenciar el valor de cada eslabón de las cadenas agroindustriales y sus efectos en la sociedad.

En los distintos mensajes de los productores se evidencia este planteo: la necesidad de hacer realidad políticas adecuadas y oportunas que apunten a mediano y largo plazo. Esto exige, a la dirigencia toda, salir de un enfoque centrado en la *tradición* para pasar a una *gestión inteligente* o –como también se denomina- una *gestión de conocimiento distribuida*, lo que demanda a su vez un cambio en la concepción de política y de poder. No un poder opresor sino un *poder de liderazgo* para liberar las situaciones de opresión y de vulnerabilidad de los agentes más débiles en la cadena productiva. Esto último requiere pasar de una política remedial y coyuntural a una proactiva y de

planificación con visión de futuro, traducida en políticas de Estado. Para esto, la *incorporación de conocimiento científico* a la definición de tales políticas resulta clave, así como empaparse del punto de vista de los que viven y están vinculados al mundo rural por las prácticas aprendidas de generaciones anteriores y por los valores asociados a ellas. Esto equivale a afirmar que también es necesario *incorporar*, en la definición de tales políticas, *el conocimiento entrañado en la praxis que tienen los productores*.

Sin embargo, la continuidad de un modelo vertical de poder, compartimentado entre los “sectores” de la producción, personalista y centralista en su conducción, *mitiga el poder de expresión* de aquellos que forman parte de los niveles jerárquicos inferiores, como es el caso de los PMP. De ahí la *condición de opresión* que experimentan a causa de mecanismos de política económica inadecuados para sus necesidades de producción en el contexto de la realidad mundial actual. A nivel familiar y de pequeñas explotaciones agropecuarias esto se traduce en *mayor grado de vulnerabilidad socioeconómica y semiótica*, pues en el fondo queda el amargo sabor de *no ser escuchados por nadie*, o bien, *no encontrar el interlocutor válido*.

k. Bordes semióticos y vulnerabilidad

En el proceso de esta investigación y a medida que iban surgiendo los primeros resultados del análisis semiótico y crítico del discurso *fui “abduciendo”* una idea fuerza que resultó crucial para entender y aprehender el tema de estudio: considerar a *la vulnerabilidad como una semiosis de los bordes*. Recordemos, como puntalicé en su momento, que la noción de semiosis de los bordes fue planteada por Magariños de Morentín (edición 2008) y también trabajada por Marta López (2007).

De ello se desprende que *ser o no-ser vulnerable* es una *frontera borrosa*, una *zona de penumbra* que sólo se puede conocer y explicar si contamos con un marco conceptual apropiado que permita comprender la *historia formativa de determinada semiosis*. En palabras de

No obstante, la situación que afrontan los PMP es denunciada, como voces de apoyo, por algunos intendentes y presidentes de comunas, destacando cómo las retenciones afectan al PMP y a los *pueblos del Interior*. Cabe traer a colación lo que aportan las provincias agrícolas en concepto de retenciones al Estado Nacional y lo que éstas *realmente* reciben, como así también lo que retornaría a las Comunas y Municipios con la co-participación de retenciones a la soja.

Para provincias fuertemente agrícolas, el caso de Santa Fe es un buen ejemplo, pues aportó más de 9.000 millones de dólares y sólo recibió 90 millones para atender la sequía que afectó a más de la mitad de la provincia, sobre todo el Norte, que a su vez es la región que tiene mayores desventajas estructurales y agroecológicas. Llevando esta comparación a valores *per cápita*, lo que un habitante de uno de estos pueblos agrícolas aporta y lo que recibirá en co-participación del Fondo Federal alberga *una diferencia “abismal”*. Para la comuna de Chabás, por ejemplo, lo que recibirá es 417 veces menor de lo que aporta. O sea, “nada”. Esto no sólo entraña una gran distorsión, sino que constituye otra manera de someter a aquellas comarcas que dependen de la cadena de valor agroindustrial.

Magariños, la tarea de la Semiótica consiste entonces en:

... explicar, no ya el significado de los fenómenos sociales, sino, antes que nada, el proceso de producción, interpretación y transformación de tal o de tales significados. O sea, la semiótica tiene que poder explicar, siempre en el sistema de la racionalidad vigente en determinado momento de determinada sociedad, cómo se producen, se interpretan y se transforman, en ese momento y lugar, los significados, para, así, poder llegar a explicar adecuadamente (o sea: según la racionalidad del momento histórico y de la comunidad en el que formula sus enunciados y dando cuenta eficaz del fenómeno que está en condiciones cognitivas de percibir) por qué a determinados fenómenos se los percibe como portadores de determinados significados posibles.

(Magariños de Morentín, J., <http://www.maraginos.com.ar/Impresio n.html>, 15 julio 2011)

A esta tarea me he propuesto entrar, parcialmente, en el desarrollo de esta investigación, ya que, tal como aclaré al inicio de este apartado, si bien las operaciones transformacionales son claves para captar el proceso formativo de la vulnerabilidad de los PMP desde un punto de vista semiótico, nos exige confrontar marcas de vulnerabilidad entre situaciones contrastantes identificadas en determinados momentos del devenir de los significados sobre esa realidad. Esta tarea queda, en gran medida, pendiente para ser retomada en la continuidad de esta investigación.

No obstante, es preciso al menos dejar esbozado, como hipótesis heurística, que la vulnerabilidad requiere ser examinada como *un tipo de semiosis de los bordes*, también de acuerdo con lo planteado por Marta López al inicio de este capítulo.

Ahora bien, ¿por qué digo esto? Porque los significados que se pueden reconstruir en el estado actual de los reclamos de los PMP, como expresiones recurrentes en los discursos, confrontados entre sí y con los de otros actores sociales, no son más que la “*emergencia*” de ese proceso formativo de la semiosis. Sin embargo, esta tarea de captarlos, como una “*resultante*” de la construcción sociosemiótica de la vulnerabilidad, no es una tarea vana, pues, como lo ha advertido el propio Marx (2007), a partir de la analogía que sostiene que *en la anatomía del hombre están las claves explicativas de la anatomía del mono*, quiere decir que el *resultado* de una génesis o del proceso de significación, por ser tal, evidencia en sí, indicadores de los estados precedentes, los que en el pasado han estado palpitando como estados embrionarios en el devenir del fenómeno estudiado. Es posible contar pues con un *producto cognitivo* que permita, en lo sucesivo y en otra investigación, continuar explorando, hacia atrás, el proceso formativo de los significados que entraña la vulnerabilidad del PMP. Y cuando ese proceso se haya vuelto racional, o sea,

explicado semióticamente, entonces esos mismos significados habrán sido enriquecidos por esta nueva perspectiva que los trae a la luz desde su génesis.

De las tres condiciones planteadas por Magariños, *producción, interpretación y transformación del/los significados*, esta última es fundamental para captar su desarrollo y explicar por qué, en determinado momento y circunstancias histórico-geográficas irrumpen determinados significados en un contexto social determinado. No obstante, esos significados (en tanto *resultantes* de un proceso) ya denotan indicios de esa transformación. En palabras de Magariños:

Porque el significado que, en determinado momento de determinada sociedad, permite percibir la existencia de un determinado fenómeno, es un estado de tránsito, que se hizo posible por haber existido un antes, desde el cual el significado que en él tenía ese fenómeno, contenía también, en sus bordes, la posibilidad de que se formulara el que tiene ahora. (ibidem)

Por eso digo que la vulnerabilidad, como fenómeno que se desarrolla en los bordes semióticos, nos lleva a captar marcas de vulnerabilidad que connotan *un antes* en el problema examinado que, como dije, ha eclosionado en el debate en torno a la Resolución 125, pero cuyo germen viene de mucho tiempo atrás. Un antecedente lejano ya en el tiempo que marcó la reacción de los PMP por las desigualdades en sus condiciones de producción respecto a grandes productores fue la protesta chacarera de 1912, expresada en el emblemático Grito de Alcorta.

Vale la pena citar nuevamente a Magariños en tanto permite reafirmar la naturaleza, escurridiza y difícil, del Objeto-Modelo a desentrañar en esta investigación, por ser la vulnerabilidad un tipo de semiosis de los bordes y devenir, así, borrosa, plagada de incertidumbre y de marcas difusas que es preciso identificar y confrontar entre sí. En sus palabras:

Éste es el sentido de la interacción constructiva a la que me refería antes y en función de la cual consideraba que, en el borde de los pensamientos

posibles en un determinado momento, están, todavía borrosos, los nuevos pensamientos que requerirán de las nuevas formas semióticas que sonaban, todavía, como furia expresiva en el borde de las semiosis disponibles en este momento, al que, en lo fugaz de su transición, consideramos presente, de modo que esas nuevas semiosis permitan percibir, en un mundo futuro, fenómenos a cuya existencia no accede nuestro conocimiento presente, por encontrarse todavía en el borde entrópico de lo indiferenciable. (ibídem).

En este pasaje podemos percatarnos que todo lo que en determinado momento adquiere existencia nítida, fue, previamente, un *llegar a ser*. En este punto mucho tiene que aportar la dialéctica en la comprensión de la génesis de los significados, según la cual, un concepto es un *movimiento* que implica un *Aufhebung*, esto es, una síntesis que emerge del paso por la tesis y la antítesis, en cuyo desarrollo los meros indicios que en el significado advienen son *subsumidos, resignificados y reelaborados por el movimiento conceptual*.

Es, en ese momento, en que el proceso que le dio origen está “*recaído en la inmediatez*” de la instancia presente, cuyos indicadores en esta investigación corresponden a las vivencias de hartazgo, sometimiento, abandono, postergación, dilación, etc., que fueron detectados como signos de la vulnerabilidad de los PMP.

La *recaída en la inmediatez* borra las huellas del proceso que le dio origen. De ahí que para el habitante urbano la realidad del productor agropecuario se vive como una *experiencia “extraña”*. Cuando el producto está disponible para el consumo (sea la leche, el huevo, la harina), éste oculta todo el proceso formativo. En esa instancia, todas las actividades y penurias del hombre del campo están *suprimidas, conservadas y superadas* por el resultado final, en el cual, lo que aparece como más visible son las formas semióticas que se “adhieren” al bien elaborado en los eslabones terminales, resaltando a un primer plano, a vista del consumidor, las marcas, las formas de presentación del producto en las góndolas, la publicidad, entre otras.

Por esta misma razón, la presencia de los productores en las rutas en el conflicto

2008 posibilitó a los habitantes urbanos tomar conciencia de la existencia de un complejo entramado de relaciones que se anudan en torno a la actividad agraria, y *descubrir al sujeto* que lo produce, el cual, minimizado frente a la semiosis del producto final en las góndolas, había pasado inadvertido hasta ese momento. Por eso mismo señalé con anterioridad que esas semiosis que operaron desde los bordes permitieron al PMP devenir “*sujeto*”.

Siguiendo el propósito de develar las situaciones de vulnerabilidad desde la perspectiva semiótica, un aporte conceptual fecundo en esta investigación es el *modelo actancial* propuesto por Greimas en diferentes obras (1976, 1989, 1990), donde concibe una estructura universal de la acción humana desde un enfoque semiótico-narrativo. Para este semiólogo, toda comunicación se define, es decir, asume su condición de tal, mediante tres ejes que interactúan entre sí. Éstas constituyen, a mi criterio, tres dimensiones ontológicas inherentes a la naturaleza de la acción comunicativa.

Dichos planos, como sabemos, son: *el eje del deseo*, constituido por los polos del sujeto y el objeto; *el eje del conflicto*, determinado por adyuvantes y oponentes; y, finalmente, *el eje de la comunicación*, dado por el destinador y el destinatario. En mi apreciación, cada uno de estos ejes establece una *dialéctica intrínseca al proceso comunicacional*, cuyo resultado –el discurso– sólo es cognoscible (esto es, susceptible de ser descrito por el método de la ciencia) si asumimos que la “*comunicabilidad*” –para emplear el término de Parret, 1983:70– se desarrolla en la interacción de estas tres dimensiones actuantes y mutuamente reguladas en la dinámica del proceso comunicativo.

En el marco de este enfoque conceptual y teniendo presente, en particular, cómo el hablante concibe al oponente, esto es, en el eje del conflicto (dialéctica entre el adyuvante y el oponente), podemos contar con un esquema cognitivo-metodológico para examinar cómo surgen las *situaciones de vulnerabilidad*. Para esto es imprescindible

operar con los *datos simbólicos* obtenidos en las inferencias que sostienen y dinamizan el análisis del discurso, en el cual interviene un *componente hermenéutico* que es preciso hacerlo explícito, y cuya validación consiste en “situar” cada texto (discurso, oral o escrito) no sólo en la trama del co-texto en que aquél aparece sino –como señala Parret (*ibídem.* pp. 61 y ss.)- en el *contexto ampliado*, es decir, en la *dimensión pragmática* del discurso, para poder hallar el “sentido” de los significados construidos desde la confrontación de los distintos discursos entre sí. Esta tarea cognitivo-hermenéutica que apunta a dilucidar el discurso tal como se desarrolla en las circunstancias sociales, espaciales y temporales, nos lleva a “aprehender” esos significados en la comunicabilidad misma del discurso como signo, tal como acontece. Al decir de Hegel (2002), implicaría captarlo en su “*dasein*”, esto es, como un *ser ahí*, “determinado”, tal como es en su *ocurrencia concreta*.

En este proceso de alumbramiento del sentido subyacente en los significados que fueron emergiendo en el contexto de la investigación es donde adquiere gran valor cognitivo la idea de *semiótica de los bordes* que plantea Magariños de Morentín.

Se aprecia, al respecto, un *distanciamiento* muy grande entre los productores más pequeños respecto a la capacidad de semiosis del oponente. Por lo general, aquéllos se sitúan en una *posición de marginalidad* en lo que concierne al poder de la palabra y de la acción misma de quienes se le oponen. Ese *lugar de periferia* que el PMP construye en la trama de los discursos contribuye a gestar un tipo de sujeto que es ajeno a los espacios donde se dirimen las cuestiones que inciden en sus vidas.

Se aprecia allí un doble proceso: por un lado, los PMP sienten y actúan desde su condición de *estar al margen* de los espacios de poder, con lo que se refuerza su baja autoestima, constatada en las entrevistas. Por otro lado, desde quienes toman las decisiones

produciendo distintos sentidos en el mensaje. La territorialidad, empotrada en los contextos semióticos en que el PMP es parte,

estratégicas que terminan incidiendo en sus prácticas agrarias y en sus vidas, se aprecian mecanismos de exclusión, de negación del otro, de ninguneo, que son, en definitiva, formas de sometimiento al no reconocerse su existencia. A modo de ejemplo, una de las estrategias que emplea el gobierno es no nombrar a los sujetos que reclaman, en este caso los PMP. De este modo, en la ausencia de la enunciación se crea el momento de la *negatividad*, lo que equivale a negar esa realidad. Esta negación asume distintas formas, expresadas en actitudes de evasión, desdén o indiferencia al problema.

Esta ausencia de interlocutores apropiados que se hagan eco de los reclamos de este tipo de productores en los espacios sociales, semióticos e institucionales, y también en los discursos que los acompañan, crea *semiosis desde los bordes* y es allí donde se gestan las situaciones de vulnerabilidad, dado que dicha situación –de estar y no estar al mismo tiempo- lleva a una contradicción: si bien el PMP forma parte del tejido socio-productivo agrario carece de la *posibilidad de ser escuchado*. Como consecuencia, el productor se siente “nadie”. Y eso equivale a reforzar su vulnerabilidad semiótica, llevando a su autoexclusión de los espacios socialmente relevantes.

El hablante (PMP) percibe y siente que su palabra no produce efectos pues –como lo han revelado las entrevistas y otros textos analizados- su voz no es escuchada. Además, la falta de reciprocidad en la comunicación –alguien que esté del otro lado, un receptor, en actitud de escucha-, ausencia percibida hasta en las formas de semiosis corporales (ej. cortes de ruta), entronca con el factor “distancia” respecto a las ciudades donde se toman las decisiones estratégicas, reforzado por el hecho de que el sistema de gobernabilidad en la Argentina tiene un fuerte cariz centralista.

En tal sentido se advierte cómo en la comunicabilidad interviene la dimensión geográfica que *contextualiza* los discursos no es un asunto menor, sino una dimensión constitutiva de la *realización del discurso*. Cuando esa contextualización opera

aumentando el sentido de distancia entre el adyuvante (el PMP) y el/los oponentes (gobierno, intermediarios en la cadena o en la exportación) se convierte en un factor altamente condicionante del *efecto* que pueden generar los discursos.

Esa distancia presenta una doble vertiente. Por un lado, deriva de la *territorialidad* que atraviesa el problema semiótico. Por otro lado, se manifiesta como *distancia simbólica*, siendo esta última inherente a la representación que el PMP construye acerca de sus oponentes. Claro está, ambas vertientes convergen en la definición de la vulnerabilidad semio-económica. De ahí que, con frecuencia, se traduce en experiencias de lejanía donde la otredad aparece ofuscada.

Los reclamos del productor advienen así borrosamente, dando la sensación de estar envueltos en un halo que impide aprehender nítidamente las situaciones que lo llevan a vivir y producir en los bordes. Ahora bien, ¿por qué esto es así? Porque cuando el poder es ejercido como un mecanismo de opresión, el otro pasa desapercibido. Cuando digo *el otro* me refiero al que no tiene la posibilidad de expresar su descontento con el “lugar” al que lo han marginado, aunque, en el proceso opresor, quien oprime tampoco está dispuesto a generar apertura para considerar la multiplicidad de actores y realidades. El poder mal entendido se convierte en autoritarismo y éste conlleva la imposición de sentidos únicos que actúan como *interpretantes* de la realidad. De esta manera, desde los lugares de poder (político, económico y semiótico), el otro (quien se opone al discurso único) *aparece* como una realidad intangible, que causa extrañeza, creando la imagen de un asunto de poca importancia que no vale la pena detenerse a pensar en él (y mucho menos en “ocuparse” en la solución de sus problemas).

Por otra parte, los escasos “efectos” que en su globalidad producen los reclamos del productor del NEA están en consonancia con la *desventaja semiótica de la voz del Interior* que no encuentra eco en Buenos Aires. En este sentido, se pudo apreciar, en varios pasajes de las entrevistas, que el PMP se

identifica a sí mismo a partir de su diferenciación radical con otros productores de la Pampa Húmeda. Además de la distancia respecto a los principales centros urbanos donde se definen las cuestiones económicas del país, aparece, de modo recurrente, la referencia a los *condicionantes geográficos* (como el suelo y el clima) que tienen incidencia directa sobre la productividad por hectárea y, por ende, en la rentabilidad; de ahí la ineludible base territorial de los reclamos. Es, en esta perspectiva global que contextualiza a los procesos semióticos, tanto de lejanía territorial como de extrañeza en la trama de discursos, donde se evidencia el *proceso formativo* al que me he referido en otro momento, origen de las situaciones de vulnerabilidad como semiosis de los bordes.

La condición de ser vulnerable en los bordes semióticos requiere explicitar cómo operan, en la experiencia protagónica del PMP, esto es, en su modo de vida, los distintos oponentes que contribuyen a generar los *bordes semióticos*. Por ser zonas fronterizas, entre lo que es y lo que está por venir, se establece una “tensión” entre los distintos discursos, o más bien, entre los procesos semióticos que le dan origen, de tal manera que algunos discursos resultan hegemónicos y otros son ofuscados debido al *efecto de “desborde”* que provoca la semiosis de los actores más poderosos.

Así, por ejemplo, la *disuasión* es una herramienta frecuentemente usada por los discursos dominantes que el gobierno nacional pretende instalar en la sociedad. Por esta vía se procura minimizar determinadas voces, como pasó con la acción directa de los chacareros en las rutas en el período de mayor exacerbación del conflicto campo-gobierno, tachándolos de gente que no está conforme con nada, o presentándolos como unos delirantes (como cuando los voceros del gobierno oficial se preguntaban, ante las cámaras de televisión: “¿No sé qué quieren? Nunca antes el campo estuvo tan bien”). Expresiones de este tipo apuntaron a reducir la importancia de los discursos del oponente (que para el gobierno eran los productores), contribuyendo así a desplazar el centro de la opinión pública, de tal manera de hacerlos

desaparecer de la escena. Al acallar su voz, aminorando el efecto de sus discursos críticos mediante la prioridad concedida a otros temas de la agenda pública, se logra el efecto buscado: que el problema no exista al no ser considerado en el imaginario colectivo del momento. A esto llamo *estrategia de disuasión*.

En lo que sigue me referiré a algunos de esos discursos oponentes que contribuyen a definir los bordes semióticos en los cuales se configuran las situaciones de vulnerabilidad semio-económica que padecen los PMP.

Los *discursos gubernamentales* parecieran desempeñar un papel preponderante en las situaciones de vulnerabilidad. Cuando se aludió a las distorsiones en las cadenas de valor se dejó puntualizado el papel de la política, por ser ésta la que determina las condiciones de la actividad económica general. Las malas políticas crean mecanismos perversos, pues aunque la dinámica de la economía viene dada por las leyes del libre mercado, el análisis de los discursos permite afirmar que es muy probable que intervengan acuerdos tácitos con los eslabones terminales de la cadena, o bien, mecanismos subrepticios que determinan la concentración de valor en las fases finales, especialmente en la serie de mediaciones que se establecen en la instancia de exportación, así como en los acuerdos de precios con el gobierno sobre algunos productos para el consumo interno.¹⁰

Esta realidad es tangible en el caso de la producción láctea, donde el pequeño tambero padece una desventaja económica enorme y, sobre todo, un papel muy marginal a la hora de pedir recomposición de los precios abonados por la materia prima. Su voz no cuenta, y si participa en alguna reunión para plantear sus reclamos tiende a ser acallado por presiones de distinta índole. Estos indicios dejan entrever los acuerdos implícitos con los agentes económicos más poderosos del sector.

Por otra parte, las *empresas industriales* tienen también un poder de semiosis muy grande, que se expresa a través de su acción concreta en el plano económico; por ejemplo,

bajando el precio que pagan al productor por la materia prima para preservar su rentabilidad. Esto puede apreciarse claramente en el rubro lácteo, donde los tambos pequeños van desapareciendo y la producción de materia prima es muy lábil a las condiciones climáticas y económicas. Algunas grandes industrias lácteas que inicialmente formaron cooperativas, se han vuelto formas de opresión hacia los PMP, ya que en lugar de cumplir con sus fines “cooperativos” terminaron siendo cooptadas por el mercado, por las políticas gubernamentales de turno e, incluso, por el poder semiótico de las marcas. Se transforman pues en oponentes debido a la distorsión de precios a que da lugar; presiona sobre la economía real del productor, reduciendo así su margen de rentabilidad y, por tanto, su capacidad de reinversión productiva, volviéndolo, de este modo, más vulnerable frente a los grandes productores (*pooles de siembra*).

La *semiosis simbólica que crea la “marca” puede tener un efecto distorsivo muy grande* al incidir sobre la proporción del costo que las empresas están dispuestas a asumir en concepto de pago de materia prima, en comparación con el costo que insume la creación y distribución simbólica de la marca en el mercado. Un indicio que podría estar apoyando esta idea surge de la entrevista que personalmente realicé al Presidente de la Sociedad Rural Argentina, Sr. Hugo Biolcatti, cuando estuvo en Reconquista, provincia de Santa Fe, en junio de 2009. Cuando se le preguntó por esta distorsión entre precio del litro de leche al productor y precio final del producto expresó que las industrias lácteas son responsables de la brecha existente. En cambio, en la entrevista que en la misma ocasión hice al Presidente de la Federación Agraria Argentina, Sr. Eduardo Buzzi, éste expresó que el problema de distorsión obedece a la manipulación que realizan las grandes cadenas de supermercados. Aún cuando no existe acuerdo pleno sobre qué eslabón es el máximo responsable de la distorsión, puede inferirse que ésta se desencadena en los eslabones intermedios de la cadena de valor y aumenta a medida que

nos aproximamos a los últimos eslabones, ya que es allí donde converge el accionar de un sinnúmero de actores (entre ellos, el gobierno a través de las políticas que promueve o los defectos que no corrige mediante un encuadre normativo apropiado).

El alto grado de semiotización que adquiere el producto, convertido en signo-mercancía —como se explicó en otro momento— se contrapone con el alto grado de desvalorización y olvido que recae sobre los primeros eslabones de la cadena. El PMP sumido en un halo de silencio, queda reducido a mero instrumento productivo.

Finalmente, los *grandes productores* también se constituyen en oponentes. Entre ellos cabe incluir a los grupos sojeros, agentes que arriendan muchas hectáreas, *feed lots*, etc. Estos acrecientan la vulnerabilidad socioeconómica del pequeño productor dado que marcan los pulsos de la economía y la

1. Significados de la vulnerabilidad semio-económica del PMP

El análisis del discurso que marchó paralelo a la reflexión sustentada en el marco conceptual del estudio permitió descubrir los *significados* de la vulnerabilidad semiótica y económica del PMP.

En general, las situaciones de vulnerabilidad vienen dadas por la *marginación* a que es sometido el productor por el sistema económico, debido a la gran distorsión que se establece en la cadena de valor, al recaer sobre él y su actividad el peso de la concentración de poder en los eslabones terminales de las cadenas productivas.

La *vivencia* de *estar al margen* no deriva sólo de su realidad económica, sino de un fenómeno semiótico por el cual se producen y circulan significados sobre su propia valoración de esa realidad y que, en gran medida, implican *sentirse “afuera”* del sistema. En éste van siendo desplazados los más desfavorecidos. Además desde los actores más poderosos se intenta minimizar su papel en la economía agraria, eludir sus reclamos o disuadir sus intentos de ser reivindicados en el imaginario social. Por este motivo, cabe afirmar que la vulnerabilidad se vivencia como un *sentimiento de impotencia* y de *hartazgo* a

cotización de la materia prima exportable (en general, los granos y, en particular, la soja).

La rentabilidad que éstos generan limita la capacidad operativa del P.P. Al ser los insumos importados aumenta el gasto fijo para este último, incrementándose además la desproporción que se crea al bajar el precio que se paga por los bienes primarios en la base de la cadena, cuyo valor ha quedado descontextualizado de los actuales parámetros inflacionarios. En consecuencia, el margen de maniobrabilidad económica de los PMP es muy reducido.

Estos mecanismos de opresión terminan *obligando* al productor pequeño a seguir trabajando en las mismas condiciones, o bien, a optar por arrendar sus tierras, con lo cual pasa a depender, aún más, de la opresión que ejerce el gran productor.

las situaciones que vienen padeciendo sin ser escuchados.

Por un lado, el productor siente que *está ahí*, formando (o siendo-parte-de) la cadena productiva. El PMP se siente parte de una totalidad más integradora que le da sentido a su vida entera y no sólo a lo que produce económicamente. Por dar un ejemplo, un productor manifestaba:

Nosotros estamos abocados a producir alimentos. Es lo que sabemos hacer. Como productor agropecuario es un orgullo. Nosotros somos líderes sociales porque estamos ayudando a mucha gente que necesita trabajo y no asistencialismo como están haciendo otros. Por eso digo que somos líderes sociales.

Otro productor, cuando se le preguntó respecto a qué actitud quisiera que asumieran las autoridades políticas, expresó:

Que no nos vean como enemigos sino como una fuerza importante de producción del país. El gobierno no puede estar en contra de quien le da de comer al país. Hay algo que no entendemos que es por qué se pone en contra.

A pesar de este tipo de afirmación, la situación se vive con ambigüedad, pues, ese

estar ahí se experimenta, asimismo, como un sentimiento de estar más fuera que dentro de la totalidad que integra. Ese “*extrañamiento*” es inherente a la semiosis de los bordes. De ahí que cuando se indagó, recurriendo a la historia de vida como técnica de recolección de datos pertinentes a la investigación, los productores dieron a entender que *el campo es mucho más que la producción*. Es su mundo, su vida, en definitiva, su *cognición entrañada* (Samaja, J., 2007), es decir, el conocimiento que deviene arraigado en la totalidad de la que se es parte, donde cobra sentido su propia existencia.

Por esta razón, interrogados acerca de lo que querían agregar en el contexto de las entrevistas, los productores proporcionaron datos simbólicos que funcionaron como “*interpretantes*” de las situaciones vividas. Así, por ejemplo, un productor dijo que:

El hecho de estar en esta actividad, que es muy sacrificada, nos permite a nosotros ser personas sanas. No me refiero a la salud física, sino no estar contaminado. Y eso lo hace el hecho de no estar hacinados. Como familia productora hemos pensado en cambiar la actividad, pero, ¿qué hacemos? Nosotros nacimos con esto y creo que vamos a morir con esto.

Otro productor expresó:

Es una vida muy sacrificada. Yo lo hago con mucho amor porque es lo que me gusta. Nunca tuve unas vacaciones. Nada. Pero ir a la ciudad me aburre. Hace unos cuantos años que no vivo bien del campo, pero mientras se la pueda pelear...

Como se puede apreciar, existe un gran amor a la tierra y al modo de vida que ésta permite desarrollar. La dimensión negativa de ese *hondo sentimiento al modo de vida agrario* es un *profundo temor al desarraigo*. De ahí que frente a las situaciones adversas que les toca vivir, esos productores prefieren aferrarse a lo conocido. Esto explica las estrategias de resiliencia que desarrollan ante la adversidad y por qué a pesar de todos los obstáculos y un deterioro general de sus condiciones productivas y de vida prefieren *seguir estando*

ahí: en el medio rural haciendo lo que saben y lo que les gusta hacer.

Por eso es preciso aclarar que esta vulnerabilidad que deviene como tal en los bordes semio-económicos no es vivida por el productor de un modo exclusivamente negativo. Si bien hay cansancio en sus reclamos, sentimientos de impotencia y el estado de opresión que padecen, también se registran indicadores de resistencia a la situación. Paradójicamente, esta *capacidad de resiliencia* es, a su vez, un signo de vulnerabilidad, pues ésta se diferencia de la indigencia y la miseria. El que es vulnerable tiene conciencia de que si se resiente su lucha puede pasar a ser pobre o indigente, pero justamente por este motivo decide “*estar ahí*”, permanecer en estado de alerta, de trabajo incesante y sin renunciamentos porque avizora que otra realidad es posible.

A pesar de los obstáculos que enfrenta, el que es vulnerable participa en la comunicabilidad de sus problemas y actúa frente a ellos asumiendo un *horizonte de deseabilidad*, lo cual es la cara visible de la “*esperanza*” del cambio. Así pues, en la mayoría de las entrevistas efectuadas emergió, como un dato fuerza, la alusión a lo que “*debe ser*” la política económica para el sector agrario, expresando sus puntos de vista acerca de cómo se deberían articular los distintos eslabones para mitigar el peso que soporta el PMP en las cadenas agroindustriales.

Cabe puntualizar que en los diálogos generados con los productores surgieron reiteradamente expresiones desiderativas, tales como: habría que buscar nuevos mercados, los dirigentes deberían escuchar a los productores, hay que encontrar alternativas, los que gobiernan tienen que venir aquí a ver lo que pasa, le propondría al gobierno que baje las retenciones, las cooperativas tendrían que plantear el problema a quien corresponda, entre otras. De este modo se introduce la realidad del presente en un horizonte de deseabilidad, planteando lo que cabe esperar por el productor para que mejore su condición y la producción en general.

Esta permanente referencia al *deber ser* comporta el alumbramiento de nuevas “Reglas” o “interpretantes” *signícos* que sostienen las semiosis generadas en los contextos productivos en que participan. Y esto ya implica un paso importante para alcanzar la superación de su estado de vulnerabilidad, pues pone de manifiesto un *despertar de la conciencia ciudadana*, como se reflejó claramente en el conflicto del 2008. En tal sentido, hubo un *antes* y un *después* del conflicto.

En esas circunstancias el productor descubrió su valentía y firme convicción de involucrarse en la sociedad civil para reivindicar sus derechos en pos de mejorar su calidad de vida. Dejó de ser el sujeto desconocido para el habitante urbano. Hubo así un proceso de *reconocimiento recíproco* que suscitó el reclamo agrario.

Pero, por sobre todo, ese sujeto dejó de ser, por momentos, el *hombre de trabajo* para constituirse en *ciudadano*, hecho que marca el advenimiento de la construcción de su identidad en el entramado de agentes productivos que operan en la Argentina globalizada. Al decir de Marx (2007), allí ha operado un movimiento dialéctico por el cual el productor “*presta*” *su ser para que se realicen otras formas de subjetividad*, como por ejemplo cuando su condición de productor desaparece del primer plano para hacer emerger al hombre involucrado en los asuntos civiles. Esto se constató en reiterados reclamos en los que se aludió a la necesidad de vivir en un país con reglas claras, con soberanía económica de las provincias, con un auténtico sentido federal de la política, que el Interior reciba –vía la coparticipación– lo que le pertenece, que se resguarden las garantías constitucionales, el compromiso con la cosa pública, entre otros temas.

Este *despertar de la conciencia ciudadana* supone, a la par, una actitud *autocrítica* que posibilita, en primer término, reconocer lo que se ha hecho mal o que quedó descontextualizado en un mundo globalizado. Esa autocrítica se aprecia más en los jóvenes productores, que casi siempre son hijos de productores. El “cambio” –que implica dejar

de ser vulnerable– no es sólo una responsabilidad de quienes gobiernan sino también de los propios productores.

En el contexto de las entrevistas se ha podido corroborar que existen dos tendencias en la construcción semiótica del proceso de cambio. Por un lado, están aquéllos que se aferran al pasado y plantean la necesidad de un retorno a los *modus operandi* conocidos, esto es, a prácticas agrarias tradicionales que han venido desarrollando. Esta tendencia marca una actitud de ajenezamiento ante las circunstancias actuales o de resignación ante la realidad, al mismo tiempo que se espera a que los problemas se solucionen desde un nivel jerárquico superior (llámese gobierno o entidades agrarias).

Por otro lado, están aquéllos productores que desarrollan una *crítica interna* –en términos hegelianos– que exige examinar los errores cometidos antes que quiénes los ocasionaron. Eso significa hacer una autocrítica genuina para examinar la responsabilidad propia en el devenir de los acontecimientos que hoy les toca vivir, y esto también requiere revisar su falta de compromiso, el individualismo o la actitud de desinterés por los asuntos comunitarios (que atañen al colectivo agrario). Asimismo, esa crítica interna procura analizar, con criterio más objetivo, las deficiencias de los procesos que se articulan en torno a la producción agraria y las cadenas de valor. Y esto tiene como positivo que permite *tomar distancia* de las situaciones inmediatas para percibir los problemas sustanciales que es preciso cambiar. Esta última tendencia está asumiendo cada vez más fuerza.

Sin duda que la Resolución 125 movilizó a la gente del campo, a través de otras formas de semiosis (asambleas, participación en los medios de comunicación masivos y, sobre todo, cortes de rutas). La semiosis corporal constituye la forma más genuina que los productores encontraron, en dicha ocasión, para hacerse oír y plantear sus problemas, posibilitándoles salir de la indiferencia social que venían soportando, encubierta por los discursos de los más poderosos.

Más aún, este proceso de *alumbrar la verdad*, considerando la *perspectiva del productor* oculta hasta hace poco tiempo, se descubre en el análisis semiótico del discurso. A través de las formas en que los productores construyen al oponente –al señalar, por ejemplo, que el gobierno no entiende al sector, que no escucha, que no está dispuesto a abrir el diálogo- están planteando la necesidad de salir de la crisálida en la que está encerrada la economía argentina.

Por otra parte, en la autocrítica descubren que ciertos comportamientos propios son negativos para el productor, como cuando se subraya en las entrevistas – con gestos faciales de preocupación y de auto-reproche- expresiones como: “*Los productores (pequeños) se quedan mucho...*”; “*Hay una mentalidad individualista*”; O bien, refiriéndose a la Mesa de Enlace, un productor señalaba que su accionar es bueno pero habría que generar un fondo común para sostener su trabajo, y agrega: “*Pero como somos un sector que nunca hemos puesto un mango para eso o para mantener a las cuatro entidades (silencio...)*”.

En contraposición, cuando los entrevistados son productores más grandes, existe una percepción distinta de la explotación agropecuaria. Actúan con sentido de empresa y apuestan a la tecnología, a la que no ven como una amenaza –sea porque va dejando marginados a los más pequeños o porque expone a las familias rurales a la emigración por liberación de mano de obra-, sino que la conciben como un factor productivo clave. Además, al tener otra representación sobre sí y su contexto productivo, minimiza el impacto de los aspectos burocráticos y económicos condicionantes. De manera análoga, el productor joven tiene, por lo general, otra perspectiva de sus decisiones, pues en lugar de caer en la “naturalización” de la situación

adversa que le toca vivir, ve en ella una *oportunidad* para el cambio.

Esta *diferente* actitud que adoptan estos productores constituye, por otro lado, una fortaleza para hacer frente a los obstáculos que impone la naturaleza, si comparamos con el modo tradicional de producir, en el cual todo quedaba librado a las bondades que el clima depara. Estas representaciones son, sin duda, una cualidad que posibilita *sostenerse en los bordes*.

Esta actitud de apuesta a la tecnología, como un medio para superar las adversidades del medio y mitigar la vulnerabilidad del productor, es un elemento clave en la comprensión de la relación entre agentes productivos y la *formación geosocial* en la que producen en contextos de *periferia*, como ocurre en el Norte de la provincia de Santa Fe y, en general, en el NEA.

Hay bordes ligados a las distancias geográficas que condicionan la efectividad de las semiosis orales, como señalamos oportunamente, pero también debidos a una *geografía de la dispersión*¹¹ (propia del Norte Argentino), por oposición a los procesos de concentración de infraestructura territorial, además de socioeconómica, que genera el Gran Buenos Aires, donde existen, además, la mayoría de los medios de comunicación más poderosos del país. Y es sabido el impacto que éstos pueden generar sobre una población numerosa. Por el contrario, de lo que pasa en el Interior del país nadie se entera, a no ser que uno de esos medios se haga eco y difunda, de tanto en tanto, las noticias “provinciales”.

Los bordes semióticos devienen constreñidos también por factores políticos, geográficos e institucionales adversos que contribuyen a mantener situaciones de postergación.¹² No obstante, aún en estas condiciones, el productor se caracteriza por su resiliencia y su creatividad para subsistir.

m. Interpretación de los datos obtenidos del análisis

Siguiendo los planteos de Ruth Wodak (2003), el análisis del discurso cumple un propósito fundamental: desconstruir las estructuras de poder que subyacen en los discursos como prácticas sociales, para

descubrir así los mecanismos que marginan, oprimen y vulneran al más débil. A través de él es posible reconstruir la *lógica dominante* a que remiten las operaciones contrastivas llevadas a cabo en dicho análisis, a la par que

posibilita desnaturalizar las ideas arraigadas en los hablantes al someterlas a la revisión crítica desde el marco conceptual que guió la investigación, con el fin de captar la representación del problema desde la concepción de los más débiles.

De acuerdo con Wodak y Meyer (2003), el análisis crítico del discurso (ACD) debe ser crítico por naturaleza, aunque esto no significa desarrollar la crítica por sí misma, sin fundamento. Todo lo contrario. Se busca poner al descubierto los aspectos y relaciones de poder que permanecen ocultos o pasan desapercibidos en la cotidianidad.¹³

El propósito de este análisis es hacer emerger los *significados* de la vulnerabilidad en los discursos y contextualizar socialmente esa significación con el fin de que aflore el *sentido* subyacente desde donde se construye la condición de vulnerabilidad semiótica.

Este proceso de alumbramiento del sentido, que se expresa tanto en la práctica social como en el discurso, es posible mediante la interpretación de los datos obtenidos del trabajo analítico –enmarcado éste en la propuesta de Magariños (1996)-. A su vez, la *interpretación* exige *fundamentar* las tendencias descubiertas y las conclusiones del análisis en el marco de referencia teórico, aclarado al comienzo.

Por lo tanto, a continuación iré integrando los resultados obtenidos, significándolos hasta donde es posible explotar el marco teórico a los efectos de realizar el trabajo hermenéutico. Este “retorno” a lo conceptual evita caer en ideas fragmentarias que no logran trascender la singularidad del contenido de cada uno de los discursos. Lo que se busca entonces es derivar elementos con pretensión de validez universal, siendo conscientes que toda validación exige la posibilidad de interpelar los resultados del análisis en el plano intersubjetivo.

En cuanto a las estructuras dominantes que pudieron ser reconocidas mediante las operaciones identificadoras y contrastivas –de la propuesta metodológica de Magariños de Morentín- se llega a la conclusión de que existe una *estructuración*¹⁴ *vertical* que rige en el

plano pragmático del discurso, es decir como *acción*, que determina el margen de posibilidades económicas y de maniobrabilidad socio-productiva del PMP.

Dicha estructuración deviene del poder económico y político y está arraigada por el *peso de la tradición* que ha consolidado determinada manera de hacer las cosas, esto es, ciertas *prácticas* habituales que se han legitimado por la acción política¹⁵ concreta. Esta estructura organizacional en el plano de la realidad empírica no es nueva; es la resultante de un *proceso formativo* que ha convalidado determinadas prácticas, enquistadas en la actualidad debido a los mecanismos de corrupción operantes.

Surgen así *acciones estratégicas* (Habermas, J., 1994) en el plano gubernamental, empresarial e institucional (como las políticas de subsidios, la sangría de recursos vía el aumento de impuestos a las empresas¹⁶ y el efecto esquilante¹⁷ de éstas sobre el primer eslabón de la cadena productiva) que afectan particularmente al PMP por constituir el agente más débil en dicho eslabón, tanto en la dimensión vertical como horizontal de la cadena.

Dichas *acciones estratégicas* benefician a los últimos eslabones donde se establecen las alianzas con los poderes gubernamentales. Es evidente el silencio y la ausencia de voluntad de analizar las distorsiones que surgen “entre” los eslabones de la cadena de valor, claramente expresada en la falta de planteamiento del tema en los medios masivos de comunicación (por ej. no se habla del accionar de las grandes industrias lácteas o de los molinos harineros, ni de los agentes de exportación, ni de las cadenas de supermercados).

En cambio, existen abundantes signos lingüísticos (simbólicos) desde las estructuras de poder político-económico, que dibujan un paisaje desalentador y culposo hacia el productor agrario, pues cuando se trata la formación de precios en los mercados de consumo, de distintos bienes de origen agrícola-ganadero –como la carne o la leche-, quienes deciden presentan el tema *como si* el productor fuese el responsable de dicha

distorsión. Es frecuente el uso de expresiones que pretenden culpar al eslabón más débil, al *presentarlo al público* como un elemento negativo en la generación de alimentos para los argentinos, tal como cuando se afirma que nunca está conforme.¹⁸

En el plano de la comunicabilidad, este mecanismo puede ser interpretado como una estrategia perversa orientada a reforzar la impronta de las estructuras dominantes de poder (incluidos los últimos eslabones de la cadena), recurriendo para esto a mecanismos sutiles: el silencio, la dilación en la búsqueda de soluciones, el hacerse distraído ante el problema de fondo, entre otros. Esto pone de manifiesto que la relación entre los eslabones de la cadena adolece de un problema sustancial que es la *ausencia de diálogo genuino*, ya que éste se reduce a monólogos, o bien, a contra-discursos hirientes o descalificadores. En consecuencia, todo refuerza la idea que venimos trabajando, a saber, que la vulnerabilidad arraiga en la forma en que se construyen los ensambles entre eslabones en la cadena semio-económica, en tanto la cadena articula valores de significados (o signos) y no sólo valor agregado desde el punto de vista económico, el cual, por otra parte, también es un signo.

Asimismo, la falta de control sobre los grandes productores y la manera en que éstos operan en la escala territorial impacta fuertemente en el tejido socio-productivo del Interior, y agrava aún más la situación del PMP ante la hegemonía de algunos agentes productivos (grandes empresas agropecuarias) que constriñe sus alternativas. Esos *pooles* actúan guiados por una lógica especulativa similar a los juegos de azar, lo que sumado a la inacción política posibilita que dichas prácticas económicas continúen sin ningún tipo de regulación, dejando librado al P.P. a su propia suerte.

Surgen entonces *relaciones contradictorias* en los escenarios rurales, resultado de la polarización de los agentes agrarios. Al inicio de este capítulo Marta López señala que:

Concentración y expulsión se convierten así en dos términos de una oposición sistémica y dialéctica que se desarrolla en el sistema

productivo del NEA: no hay incremento de escala en la producción si no es acompañado de desplazamiento y expulsión de humanos.

Estos mecanismos perversos no sólo contribuyen a arraigar conductas inapropiadas en el sistema productivo, sino que afectan el equilibrio de los ecosistemas. Como es bien sabido, los *pooles* siguen una racionalidad estrictamente económica, de modo que el desarrollo sustentable no tiene cabida. Más que el “desarrollo”, las grandes empresas buscan aumentar la superficie cultivada incorporando tecnología de punta, desplazando así al PMP del escenario rural. Para esto recurren a prácticas de fuerte impacto ambiental, como ser la quema generalizada de campos y la deforestación por medio de topadoras que transforman el paisaje de bosque subtropical (típico del NEA) en un territorio desnudo, listo para ser trabajado con los métodos de la siembra directa. De esta manera van surgiendo empresas muy poderosas que extienden su actividad anexando varios eslabones de las cadenas agroindustriales. Esto denota que su fin es el *crecimiento económico*, individualista y fuertemente concentrador, en desmedro del desarrollo sustentable.

Señalé anteriormente que el gobierno se sitúa en la pirámide de la estructura que organiza pragmáticamente el poder para dar a entender que la situación antes señalada se legitima a través de las *políticas económicas que favorecen la diferenciación “extrema” entre productores*, donde unos pocos se benefician y el resto pasa a engrosar la lista de los más vulnerables. Esto significa que en lugar de propiciar la redistribución del ingreso, término tan caro a los discursos oficiales de los últimos años, se favorece el proceso contrario: la *concentración desmedida* que acompaña a la globalización. El aumento de la cantidad de productores que van quedando afuera del sistema, incapacitados para competir con la lógica del poder, conlleva un *incremento significativo de la pobreza*. Y ésta, a su vez, se traduce en *mayor vulnerabilidad semiótica*, constituyendo un fenómeno preocupante en el interior del país, donde los procesos antes mencionados ocurren sin que nadie se entere porque están afuera (o en los bordes) de las

semiosis predominantes. Esto refuerza una idea que cabe adelantarla, como hipótesis presunta para continuar la investigación, a saber, que *la vulnerabilidad semiótica refuerza, a su vez, la vulnerabilidad socio-económica, estando ambas atravesadas por las dinámicas de las formaciones socioespaciales.*

Por otra parte, abordando el discurso como práctica social, desde el punto de vista crítico, se revela el “lugar” que cada sujeto, en tanto actor social, asume en el *contexto de la comunicación “situada”*, es decir, *marcada* por el medio socio-geográfico. Al considerar la dimensión pragmática de los discursos, esto es, en el contexto concreto de ocurrencia de la enunciación, podemos *captar el sentido* del proceso de significación en su dimensión histórica y geográfica y no sólo como un hecho en sí, abstraído de esos contextos. Desde mi punto de vista, este *abrir* el análisis para recapitular el contexto global en que emergen los discursos dio lugar a un trabajo muy enriquecedor en la instancia de las entrevistas.

Coincidiendo con Wodak y Meyer en que “la crítica es, en esencia, hacer visible la interacción de las cosas” (*op.cit.*, 2003:19), podemos concluir que el ACD aplicado a las entrevistas, permite destacar los siguientes *datos de relevancia:*

a) Siguiendo el punto de vista del PMP, el proceso de creación del discurso se efectúa desde un “lugar” *socio periférico*¹⁹ a las redes de poder que determinan el devenir del sector agropecuario. Esta *realidad de periferia* entronca con una ineludible base territorial que en el discurso se revela como *espacio geográfico de bajo impacto semiótico en el movimiento de totalización*²⁰ de la sociedad argentina, permaneciendo relegado respecto a quienes toman decisiones y viven en Buenos Aires.

b) Se construye así un contexto autorreferencial marcado por la *postergación* y la *sujección a un modo histórico de comunicabilidad* signado por la desigualdad de oportunidades para los más vulnerables, así como un sentimiento arraigado de ausencia de interlocutores válidos que recojan los reclamos del hombre de campo.

c) *La construcción del discurso desde el lugar de periferia genera mayor vulnerabilidad semiótica*, pues aún cuando se recurran a otras formas de expresión, como las que se han dado en los últimos tiempos (ej. poniendo el cuerpo en lugares públicos), dicha semiosis conlleva la *pregnancia* de los indicios de la Geografía del Interior, antes puntualizada. En consecuencia, los discursos no contribuyen significativamente a cambiar el *modo* de la comunicabilidad, al estar constreñidos por la negatividad frente al problema y el escepticismo al cambio, a no ser que intervengan los canales de TV más importantes y los periódicos nacionales, como se dio en el conflicto 2008.

d) Estas características de la construcción discursiva arraigan, a su vez, en un proceso histórico que marcó la geografía del Norte Argentino, *carente de estructuras fundamentales para el desarrollo de la producción*. La deficiencia de infraestructura engendra una relación dialéctica con la percepción social, traduciéndose en actitudes de resignación frente a la realidad, acompañadas por la sensación de desamparo del Estado, de desazón y desesperanza ante el futuro. Estos *atributos* atraviesan *las representaciones sociales en las que se contextualiza el discurso* y esto explica el sentimiento de soledad que el productor agropecuario vivencia en la realidad actual. El PMP siente que no es escuchado o, peor aún, que no existe una actitud de apertura del otro a la comunicación.

e) Asimismo, esto refuerza las conductas que el P.P. genera frente a las circunstancias, tales como las *actitudes de sumisión* a quienes tienen el poder, sea gobierno o empresas. La sumisión tiene una forma particular de expresarse que es la tendencia a permanecer en el modo habitual de desarrollar la actividad, o a mitigar el problema *refugiándose en la cultura del silencio*. De ahí que la reacción del campo argentino con motivo de la Resolución 125 tuvo el carácter de “*sorpres*a” para el resto de los argentinos, sobre todo, para quienes viven en las grandes ciudades. Éstos *descubrieron otro mundo*, el de las “comunidades rurales” que alzaron su voz y develaron su inextricable ligazón con las pequeñas ciudades y pueblos del Interior; así

también, los valores de solidaridad que unen a los productores sin importar la actividad que realizan. En suma, todo ello reveló que el campo existe y tiene una lógica y dinámica propia, que es complejo y multifacético.

f) En esa instancia, el productor agropecuario devino *ciudadano*, pues más allá de la Resolución 125 lo que se discutía era una cuestión federal, el problema de las infraestructuras del Interior, la distorsión en las cadenas productivas, la redistribución “genuina” del ingreso, el ser de la República... En suma, el PMP, postergado e ignorado desde hace varias décadas, se manifestó con un poder de semiosis desconocido con anterioridad.²¹

Todo esto fue posible porque la *acción bruta*²² del hombre de campo en las rutas abrió el camino, para el resto de la sociedad, a la revisión de muchos prejuicios y afirmaciones simplistas sobre la producción agropecuaria y que aparecían en los discursos del gobierno con pretensión de verdad hegemónica. Planteó, por ejemplo, la necesidad de *diferenciar* y de *tomar conciencia* que el PMP no puede ser puesto en la misma categoría que los grandes terratenientes o grupos sojeros. De ahí que la postura oficialista que catalogó de “golpistas” a todos los productores que ponían el cuerpo en las rutas no tuviera genuina validez empírica.

g) Estos datos construidos a partir de lo que revelan las entrevistas y otros textos permiten afirmar que existen *procesos que “oprimen” al PMP*, no sólo desde su situación socioeconómica sino también discursiva. El peso de la tradición ha engendrado un modo histórico de ver la realidad, centrado en la actividad agraria en sí, o sea, en su dimensión “económica”, antes que en el proceso de producción y los múltiples significados que allí se anudan (dimensión semiótica), lo que convierte a los P.P. en sujetos más vulnerables aún en las presentes circunstancias. A su vez, la *falta de comunicación* refuerza el *sometimiento a los más fuertes* en la cadena de valor, donde el poder político juega un rol fundamental.

h) De este modo, si bien el productor se identifica como sujeto histórico a partir del

vínculo con la base productiva agraria, el PMP, en particular, resulta ser un sujeto *escasamente integrado en la trama de valores semióticos* que se articulan en los procesos productivos, permaneciendo al margen de las redes discursivas donde se dirimen las estructuras de poder y de donde emanan, a su vez, las decisiones que impactan sobre los primeros eslabones de la cadena. Es en la cadena semio-económica donde se aprecia ausencia de la voz del PMP y falta de interacción comunicativa entre los eslabones que la integran.

Cada eslabón está “clausurado” para los otros; tendencia que es notoriamente visible en los últimos eslabones. Como dije antes, esta situación engendra vulnerabilidad hacia los primeros eslabones al estar vedada la *posibilidad comunicacional*²³, rasgo que, por otra parte, es inherente a la semiosis de los bordes, también de acuerdo a lo planteado por Marta López en el apartado anterior.

Esto último hace que los reclamos de los más vulnerables sean absorbidos por los círculos de semiosis predominantes que convergen en la llamada *acción estratégica* –siguiendo a Habermas (1994)-, con lo cual los efectos de los discursos únicos (oficiales, de las empresas poderosas, etc.) ofuscan el mensaje transmitido por los más débiles. Esto explica por qué el PMP tiene la sensación de no ser escuchado, experimentando un sentimiento de soledad al percibir que “*del otro lado no hay nadie*”. En consecuencia, al *no darse la acción emancipadora, no hay diálogo*.

Para ir cerrando esta interpretación, es evidente que la Resolución 125 condujo al *despertar de las conciencias*. Refiriéndonos a ese proceso, cabe traer a colación las ideas del joven Hegel en las *Lecciones de Jena*, que fueron el prolegómeno de una de sus obras fundamentales, la *Fenomenología del Espíritu* (edición 2002). En aquéllas, Hegel advierte –siguiendo el desarrollo que Habermas (2001) hace del tema- que no es posible entender la constitución del *yo* en tanto reflexión de un *yo* solitario (al estilo de Descartes), sino que exige abordarse “*a partir de los procesos de formación, es decir, como acuerdo comunicativo de sujetos opuestos*” (*ibidem*:26). Sólo de este modo

la conciencia emerge como tal, es decir, adquiere existencia.

Ahora bien, mientras en las *Lecciones de Jena* subsiste un interés por abordar las *representaciones* (dialéctica del lenguaje), los *procesos productivos* (dialéctica del trabajo) y los *modos de relaciones sociales* (dialéctica de la interacción) como tres dominios diferenciados, pronto Hegel advierte que tanto el lenguaje como el trabajo pueden subsumirse en la *dialéctica del reconocimiento*. Desde este punto de vista, el proceso de “despertar” de la conciencia de los PMP encontró el *medio* apropiado: la Resolución 125. Hecho que puede concebirse como el *inicio de una lucha por el reconocimiento*.

Los PMP se sintieron tocados cuando se quiso poner a todos los productores en la misma bolsa (ergo, en una única categoría existencial). Entonces, el alumbramiento de la verdad, que opera en el plano de la interacción para alcanzar la liberación del estado de opresión y de exclusión, se inició, en el período de máxima tensión entre el campo y el gobierno en el 2008. Es ahí donde tomó fuerza el *proceso de “diferenciación” semiótica* que exige la formación de la conciencia.

Sin embargo, de ningún modo constituye un proceso acabado, ya que los reclamos de los PMP no operaron en un mismo plano de igualdad. Aunque desde los poderes hegemónicos hubo anoticiamiento del otro (del PMP), no dio lugar al *descubrimiento genuino* de su existencia, ya que la conquista de la verdadera conciencia exige “liberar” a cada parte de la adhesión al punto de vista propio. Es bien sabido que esto no ocurrió en esa oportunidad.

Por ello, siguiendo a Habermas, “la dialéctica del conocerse en el otro va asociada a una relación de interacción entre dos oponentes iguales en principio” (*ibidem*:43). Si el PMP no es escuchado por el otro (sea gobierno, industrias, agentes operadores en los eslabones finales de formación de precio, o los mismos productores más grandes con quienes compite) no podemos decir que exista la interacción que lleva a su reconocimiento como “*sujeto*”.

De ahí también que el proceso de reconocimiento recíproco converge en el plano de la *eticidad*, en el que la lucha por el reconocimiento implica la *diferenciación* como una instancia previa que posibilita conocer (asumir) plenamente una realidad. En consecuencia, el advenimiento de la verdad, como realidad objetiva, está aún en desarrollo. Esto explica por qué los PMP siguen su lucha, a pesar de que su vulnerabilidad semiótica ha disminuido tras el conflicto del 2008 pero continúa en otros niveles. Por ejemplo, a través de la incorporación de representantes en los ámbitos de debate de políticas para el sector, o a través de cargos electivos.

Como corolario del análisis se puede inferir que el mundo rural está cambiando drásticamente, debido a la fuerte polarización de los actores sociales, así como en las formas de organización de los escenarios donde operan. Esta polarización atraviesa distintos componentes del sistema agrario, desde el tipo de productor hasta las formas en que se acceden a los mercados, es decir, en las estrategias que sostienen los distintos eslabones de las cadenas semioeconómicas.

La *vulnerabilidad* se sitúa en esa encrucijada de contradicciones que se desarrollan entre distintos agentes agropecuarios, entre las nuevas y viejas prácticas agrícolas, entre los que disponen de tecnología y los que quedan al margen de ella, entre los que tienen capital y acceso al crédito y los que no pueden insertarse en el circuito de reinversión en el sistema agrario. En este sentido, *ser vulnerable* en estos contextos se vislumbra como un proceso semiótico que pugna por preservar al PMP como parte de ese sistema, a la vez que los mecanismos tecno-económicos operantes coadyuvan a su exclusión.

El mundo rural, y con él sus protagonistas, resulta ser un escenario complejo, diverso y cambiante que es preciso estudiarlo desde un enfoque adecuado para comprender esa polarización y las tendencias que presenta. Esta investigación apuntó a develar el problema de la vulnerabilidad desde la dimensión semiótico-geográfica y no

sólo económica como había venido siendo la perspectiva dominante en los estudios rurales, centrados más en lo estructural y

funcional y, por ende, en *lo producido* en desmedro de *los productores*.

n. Conclusiones

Los datos obtenidos del análisis del discurso apoyan la hipótesis de que *la realidad socioeconómica también se construye desde la trama interactiva de los discursos, en la intertextualidad del lenguaje*. Desde esta perspectiva, la vulnerabilidad del PMP entronca con esta desigualdad de oportunidades: entre quienes entregan su trabajo en las cadenas productivas y los que deciden, tendencia que se comprueba tanto en el sentido horizontal como vertical. Cabe reforzar así una idea fuerza, expresada por Marta López en el capítulo anterior, según la cual la fuerza de una cadena de valor es equivalente a la fuerza que posee su eslabón más débil.

Los PMP son sujetos fuertemente arraigados a la tierra, tradicionalmente vinculados a las formaciones geosociales con fuerte sentido de pertenencia, donde lo producido iba de la mano del productor. Este vínculo con el entorno que les permitió construir su modo de vida, está siendo sustituido, en los últimos años, por grandes empresas agropecuarias (propietarios y arrendatarios que concentran enormes extensiones), altamente tecnificadas y guiadas por el lucro, sin mayor sentido social y geográfico de la actividad que realizan. Esto provoca una reestructuración de las relaciones productivas, de alto impacto en la base de las cadenas.

Sin embargo, el problema se acentúa en las relaciones entre eslabones, o sea, en el eje de las oposiciones verticales en la cadena de valor, donde los primeros eslabones resultan perjudicados debido al efecto de distorsión que generan los últimos eslabones. El papel del Estado, tal como viene dándose, termina beneficiando a los más poderosos, que son los que tienen plasticidad para adaptar su actividad a los requerimientos estratégicos del momento.

Además, los nuevos agentes agrarios, convertidos en empresas con gran capacidad operativa, contribuyen aún más a la distorsión que se produce en las cadenas

productivas, dado el peso (en términos de costos económicos y semióticos) que acarrea el mantenimiento de las grandes marcas en el mercado, lo cual produce un impacto negativo hacia los primeros eslabones. Cabe destacar que en algunos rubros pueden llegar a controlar toda la cadena. Allí, el PMP es un mero apéndice del sistema, donde su capacidad de maniobra se reduce a una mínima expresión. Esto corrobora la hipótesis de esta investigación, a saber: que la vulnerabilidad del PMP es directamente proporcional al poder de los grupos a los cuales se opone e inversamente proporcional a su grado de poder semio-económico.

La polarización a la que aludí párrafos atrás es más que evidente: unos pocos agentes controlan gran parte de la producción, mientras una gran cantidad de productores subsisten en un contexto de pauperización creciente. Es ahí donde se refleja la ausencia de políticas de Estado que propicien una genuina distribución de la riqueza, donde el propio Estado es co-responsable de la continuidad de un modelo económico concentrador para unos pocos. En lugar de focalizar el interés en los PMP, su objetivo está puesto en el *producto*.

El estado de vulnerabilidad de los PMP está –para usar una expresión hegeliana– “*recaído en la inmediatez*” del interés predominante por el producto resultante, donde el fin de lucro sustituye a los demás aspectos del problema. De este modo se va configurando una tendencia perversa en la reestructuración agraria: *una agricultura sin agricultores*.

Por esta razón, las políticas públicas de los últimos años (y quizás de décadas) no propició el arraigo de los productores en su medio, ofreciéndoseles subsidios y medidas eficaces que contribuyan al desarrollo local en los escenarios rurales donde actúan. Como señalan Rodríguez Bilella y Tapella (2008), hay una contradicción persistente entre las reformas económicas y las políticas sociales.

De ahí que una de las conclusiones de esta investigación es que en los discursos se desnudan esas contradicciones, y muchas veces los propios discursos quedan subsumidos en la dualidad que generan los procesos dominantes (económicos, territoriales y semióticos). Se produce así un efecto sinérgico que impide salir del estado de vulnerabilidad en que muchos PMP se encuentran.

En este sentido, los datos obtenidos del análisis corroboran la hipótesis que sustentó esta investigación, esto es, *que la vulnerabilidad del PMP constituye un problema que entronca con la cadena semiótica y no sólo económica*. Asimismo, apoya la corazonada que he ido introduciendo en este capítulo, como una hipótesis presunta que exige continuar el estudio en lo sucesivo, a saber, *que el PMP se encuentra en la bisagra entre el eje de oposiciones verticales* –condicionado por políticas inadecuadas hacia el sector y, en particular, por la impronta que las grandes empresas agrarias que controlan gran parte de la cadena productiva- y *el eje de oposiciones horizontales*, donde su menor competitividad y rentabilidad limita la reinversión de capitales en la explotación y los vuelve más vulnerables a la presión que ejercen los grandes productores, dada la capacidad de concentración de estos últimos. Debido a sus economías de escala, los G.P. pueden conseguir mejores precios al momento de vender la materia prima, así como presionar en la formación de precios en el mercado.

Cabe sostener entonces que *la vulnerabilidad del PMP se desprende del modo en que se define la trabazón entre eslabones de la cadena semio-económica y de las relaciones horizontales entre los agentes productivos*. El PMP participa así en los circuitos productivos desde una posición periférica a los procesos económicos, semióticos y de toma de decisiones. Se comprueba así, expresamente, desde el plano empírico (o sea, en la trama de discursos), el concepto planteado por Marta López (2009) referido a la *cadena de valor semio-económico*, indispensable para poder comprender la vulnerabilidad de los PMP.

Por otra parte, los problemas inherentes a las cadenas productivas no dan lugar al diálogo auténtico. Aun cuando la situación del PMP se aborda en espacios institucionales afines, por lo general no se trata el *problema de fondo que radica en el modo en que se da la trabazón de los eslabones en la cadena de valor*. De esta manera, los discursos dominantes, en tanto resultan beneficiosos para los últimos eslabones, termina teniendo un *poder aplastante hacia los más débiles*.

La identidad del PMP irrumpe desde su pertenencia a la periferia, como parte de la Geografía del Interior. Esto nos permite reforzar la hipótesis de que la vulnerabilidad semiótica conlleva, además de una dimensión histórica, una perspectiva geográfica insoslayable, si asumimos la diversidad que asume el contexto de la enunciación según los espacios en que los PMP desarrollan sus actividades. El NEA es, en este sentido, un *escenario periférico*.

Asimismo, los datos obtenidos del análisis apoyan la conclusión de que el PMP identifica a los oponentes desde su condición de *sujeto vulnerable*. Incide en ello la representación que elabora de sí mismo y de su lugar en la cadena de valor, marcado por un sentimiento de impotencia, de desazón y desesperanza respecto al cambio. Paradójicamente, los discursos evidencian una gran capacidad de *resistencia en los bordes*, desde donde se logra mitigar el problema, sin resolverlo.

Esta dialéctica que se establece entre el PMP y aquellos que se le oponen define un tipo de sujeto agrario que se caracteriza por asumir un “lugar” periférico en lo espacial, social, económico y semiótico, lo que refuerza la vulnerabilidad en la que se encuentra. Esta realidad ha devenido no sólo como producto histórico y geográfico sino también como *realidad discursiva en la que está sumido*. Y está claro que –tal como sostiene el ACD- el receptor no es pasivo. Esto significa que los dominadores conocen la “*debilidad*” *semiótica del PMP* y explotan esta situación en su propio beneficio.

En síntesis, cabe sostener la hipótesis sustantiva planteada al comienzo de este

trabajo. Es decir, que *la vulnerabilidad construida desde el discurso y la vulnerabilidad socioeconómica mantienen una relación contradictoria, dialéctica*; esta última actúa como contexto de la primera; a su vez, la semiosis generada desde los bordes aumenta la vulnerabilidad socioeconómica y contribuye, de este modo, a *crear realidad* al preservar los mecanismos que la sostienen. Así como es evidente que las palabras no se las lleva el viento, también es cierto que la ausencia de palabras, los silencios, la resistencia en el anonimato y los reclamos generados desde un lugar de periferia potencian la efectividad de los discursos dominantes (con mayor poder de semiosis), que están en manos de los que controlan el poder. De ahí la importancia, en el plano de la intervención social, de hallar instancias que propicien un diálogo sincero, a través del cual los sujetos participantes pueden “liberarse” de la *situación de opresión*

que, de alguna manera, afecta a todos: productores, empresas, gobierno y ciudadanos.

La validación metodológica de estas conclusiones requerirá ampliar la base empírica de la muestra en la continuidad de esta línea de investigación, donde cabe esperar que emerjan datos que amplíen las tendencias descubiertas, y también nuevos datos que marquen diferencias y permitan reconstruir la transformación operada en el tiempo y en el espacio, ya que lo social (y todo discurso lo es) forma parte de una trama definida histórica y geográficamente. En definitiva, es allí donde el análisis del discurso se presta a un trabajo metódico y riguroso que permite –parafraseando a Bateson (1993)- *captar la diferencia que hace la diferencia*. De ahí su riqueza investigativa.

Bibliografía

1. Bateson, Gregory (1993). *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires. Amorrortu.
2. Blanchard, Olivier. (2003). "Cuidado con los símbolos" en: AA.VV., *Argentina: un país desperdiciado*. Buenos Aires. Taurus.
3. Campbell, Jeremy (1989). *El hombre gramatical. Información, entropía, lenguaje y vida*. México. Fondo de Cultura Económica.
4. Cossio, Carlos. (1964). *Teoría Ecológica del Derecho*. Buenos Aires. Ed. Abeledo Perrot.
5. Cossio, Carlos (2002). *El derecho en el derecho judicial. Las lagunas del derecho y la valoración jurídica*. Buenos Aires. Librería El Foro.
6. Freire, Paulo. (2008). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores.
7. Gergen, Kenneth. (1996). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona. Paidós.
8. Greimas, Julien. (1976). *Semántica Estructural. Investigación metodológica*. Madrid. Gredos.
9. Greimas, Julien. (1989). *Del sentido II. Ensayos semióticos*. Madrid. Gredos.
10. Greimas, J. & Cortés, J. (1990). *Semiótica. Diccionario Razonado de la Teoría del Lenguaje*. Madrid. Gredos.
11. Habermas, Jürgen (1994). *Teoría de la acción comunicativa. Complemento y estudios previos*. Madrid. Cátedra.
12. Habermas, Jürgen (2001). *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid. Tecnos.
13. Hegel, G.W.F. (2002). *Fenomenología del Espíritu*. México. Fondo de Cultura Económica.
14. Lebus, Emilas (2006). "La dialéctica como lógica de construcción del conocimiento geográfico". En: *Contribuciones Científicas-GAEA. Congreso Nacional de Geografía. 67 Semana de Geografía*. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Estudios Geográficos. Pp. 133-146.
15. Lebus, Emilas (2009). "La dialéctica opresor-oprimido en la construcción discursiva de la vulnerabilidad del pequeño y mediano productor agropecuario del NEA. Categorías espaciales emergentes". En: *VI Jornadas de Investigación y Debate: "Territorio, Poder e Identidad en el Agro Argentino"*. Resistencia. Universidad Nacional del Nordeste. Instituto de Investigaciones Geohistóricas. CONICET. Aún inédito.
16. Lebus, Emilas. (2010a). "La Universidad y el desafío de formar profesionales en la actual revolución cognitiva". 4ª Parte subtitulada: "Las funciones ampliadas de la Universidad y la inevitable pregunta por el sujeto". En: *La tela de la araña*, Año V, N° 10, Marzo/Abril de 2010. Buenos Aires. Rectorado de Buenos Aires de la Universidad Tecnológica Nacional. Pp. 9-11.
17. Lebus, Emilas. (2010b). "La subjetividad en relación a las esferas de semiosis en que se construye la vulnerabilidad de los pequeños y medianos productores rurales del NEA". En: Bialokowsky, Alberto; Pérez, Ana María & Rubinick, Lucas. *Sociología y ciencias sociales: conflictos y desafíos en América Latina y el Caribe. El contexto y la región interrogados*. Vol. 2, Tomo 2. Resistencia. Universidad Nacional del Nordeste. EUDENE. Pp. 67-72.
18. López, Marta. (2005). "Cadena de valor como cadena semiótica". *VI Congreso Latinoamericano y IV Congreso Venezolano de Semiótica*. Maracaibo, Venezuela.
19. López, Marta. (2007). "Los bordes de la semiótica y la praxis humana". *VII Congreso Nacional y II Congreso Internacional de la Asociación Argentina de Semiótica*. Rosario. En: [www.centro-desemiótica.com.ar/TEXTOS FINALES.html](http://www.centro-desemiótica.com.ar/TEXTOS/FINALES.html).
20. López, M.S. 2009. Cap. 6. "Cadena de valor como cadena semiótica". En: *De la mercancía al signo mercancía. El capitalismo, en la era del hiperconsumismo y del desquiciamiento financiero*. Coord.: Dr. Antonio Caro Almela. Madrid. Universidad Complutense de Madrid. Editorial Complutense-Ebook, libro electrónico. Pp.112-128.
21. Magariños de Morentin, Juan (1996). *Los fundamentos lógicos de la semiótica y su práctica*. Buenos Aires. Edicial. En Internet: http://www.magariños.com.ar/esbozo_semiotico.htm/oper. Parte IV: Esbozo semiótico para una metodología de base en ciencias sociales.
22. Magariños de Morentin, Juan (2008). *La semiótica de los bordes. Apuntes de metodología semiótica*. Córdoba. Comunicarte. En Internet: <http://www.magariños.com.ar/Impresion.html>, 30 de julio de 2011.
23. Marx, Karl. (2007). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. México. Siglo Veintiuno.
24. Maturana, Humberto & Varela, Francisco. (2003). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires. Lumen.
25. Parret, Herman. (1983). *Semiótica y pragmática*. Buenos Aires. Edicial.

26. Peirce, Charles. (1986). *Obra Logica Semiotica*. Madrid. Taurus.
27. Rodríguez Bilella, Pablo & Tapella, Esteban. (2008). *Transformaciones globales y territorios*. Buenos Aires. La Colmena.
28. Samaja, Juan. (1995). *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires. Eudeba.
29. Samaja, Juan. (2007). “Las ciencias cognitivas como transdisciplina”. En: *Antinomias*. Revista del Doctorado en Ciencias Cognitivas, N° 0. Resistencia. Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste. Pp. 9-24.
30. Santos, Milton. (1996). *De la totalidad al lugar*. Barcelona. Oikos-tau.
31. Santos, Milton. (2000). *La naturaleza del espacio*. Barcelona. Ariel.
32. Watzlawick, Paul. (1994). *¿Es real la realidad?* Barcelona. Herder.
33. Watzlawick, Paul. (1997). *Teoría de la comunicación humana*. Barcelona. Herder.
34. Wodak, Ruth & Meyer, Michael. (2003). *Métodos del análisis crítico del discurso*. Buenos Aires. Gedisa.
35. Žizek, Slavoj. (2005). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires. Paidós.

Citas

¹ El concepto de *cadena de valor semio-económico* ha sido tomado de Marta López (2005, 2009). Su significado se explicita más adelante.

² Siguiendo a Parret (1983) entiéndase por esto la *acción y el efecto de la semiosis*. En el caso que nos ocupa cabe destacar distintos signos que buscaron significar la manifestación de los productores introduciéndola en la dimensión de la historia dramática de los años '70, mediante un interpretante sustentado en la asociación de determinados íconos (como la figura emblemática de la Sociedad Rural) con los golpes militares. Esa asociación, traída al presente, como modo de deslegitimar la protesta agropecuaria, revistiéndola de la carcasa de la historia y asignándole atributos impertinentes a fin de desviar la atención de las necesidades actuales del agro argentino, no tiene fundamento alguno, tal como lo explica Marta López al comienzo de este capítulo.

³ El diccionario de la RAE (Real Academia Española, 2003, Espasa Calpe, S. A., Vigésima Segunda Edición) da distintas definiciones de este verbo, entre las que cabe destacar: “*Examinar con cuidado algo o a alguien para enterarse de su identidad, naturaleza y circunstancias*”; Dicho de una persona: “*Admitir y manifestar que es cierto lo que otra dice o que está de acuerdo con ello*”; “*Considerar, advertir o contemplar*”. También: “*Examinar a alguien...*”; Y, dicho de una cosa: “*Dejarse comprender por ciertas señales*”; entre otras acepciones.

Como puede advertirse, *reconocer* implica tanto una actitud de apertura al otro como hacia la cosa

examinada, comportando pues un *esfuerzo de aprehensión* de la situación vivida por el otro.

⁴ El concepto de *semiótica de los bordes*, que se trabajará más adelante, está tomado de Magariños de Morentín (2008) y de Marta López (2007).

⁵ “El signo/mercancía sería entonces no sólo el que posee valores icónicos y/o simbólicos, sino también económicos. Sería dable designarlo entonces signo semio-económico.” (López, M., 2009, ebook).

⁶ A mi modo de ver, esta expresión podría entenderse como pérdida (o menoscabo) del significado en tanto produce una *des-construcción* del contenido semántico del ente y/o proceso analizado. Como estamos refiriéndonos al proceso de producción y su resultado (el bien de consumo), esa de-semantización se convierte en una *des-valorización* de la plenitud semántica que asumía el trabajo primario en el primer eslabón de la cadena. De ahí que el trabajo del PMP se vuelva, como apunta Marta López (2009), una tarea “insignificante”. En mi apreciación, cabe aclarar que esto último se vuelve insignificante *visto desde la estructura final* de la cadena, esto es, *olvidando* su proceso generativo.

⁷ Entiéndase por este concepto un gran campo de significación en el cual se generan formas análogas de semiosis.

⁸ El poder de concentración económica de los exportadores es descomunal. En una entrevista reciente en televisión (julio de 2011), Hugo Biolcatti, Presidente de la Sociedad Rural Argentina, expresó que la ganancia de los exportadores de trigo se ha “decuplicado”

(incrementado diez veces más) en los últimos años. No cabe duda, pues, que el accionar de dichos operadores es perjudicial para muchos productores, quienes no pueden vender la cosecha debido a la especulación que prima en la fase de comercialización que está en manos de unos pocos agentes. Los PMP, además, no pueden guardarla hasta que se libere la venta o el precio mejor.

⁹ Ésta es una prueba más de que la adopción de tecnología no está exenta de una dimensión ética, pues se implanta en el medio rural siguiendo una concepción que sólo resalta sus cualidades, en particular, su “eficacia” en el proceso productivo (para maximizar recursos y minimizar los riesgos), así como en el producto resultante (expresado en su rendimiento) mientras que su impacto en el tejido social y en el ambiente no se consideran. Un signo ejemplar de esto son los glifosatos; tema que no se discute en las agendas políticas y de salud pública. Arriesgo a afirmar que este “silencio” en torno al tema es un indicador más de la vulnerabilidad a que están expuestos muchos PMP y, quizás, la población en general.

¹⁰ Demos un ejemplo: el acuerdo de precios de ciertos cortes de carne vacuna. La caída estrepitosa del precio de dichos cortes respecto al valor que *realmente* deberían tener pone en evidencia que los que controlan la cadena productiva no están dispuestos a ceder, ni un palmo, su ganancia. Es preciso puntualizar la denuncia que últimamente están haciendo los productores: que los precios de esos cortes “económicos” no resultan de la limitación del porcentual de ganancia de los últimos eslabones de la cadena, sino de ciertas estrategias, poco claras, que se establecen entre los que operan en los eslabones cercanos a la comercialización, donde interviene, como dije, el papel de la política. A través de dichos cortes económicos se busca crear el efecto semiótico de que la culpa de la distorsión la tiene el mercado o los propios productores. Sin embargo, no es casual el aumento significativo del delito de abigeato en comarcas rurales cercanas a los grandes centros de consumo (como Buenos Aires), pues, si no habría correlación ¿cómo se sostiene la irrealidad de esa medida política? Como dice el dicho: a buen entendedor, pocas palabras. Con esto quiero remarcar que no hay alteración del *patrón generativo* que rige la articulación de eslabones de la cadena productiva –como vengo planteando–, esto es, el peso económico y semiótico de los últimos eslabones (y entre ellos el gobierno) en desmedro de los PMP.

¹¹ Se entiende por tal aquellos territorios de baja densidad ocupacional y escasa disponibilidad de artefactos técnicos; en definitiva, por la *reducida densidad técnica en el sustrato territorial*, ya sea como condicionantes de la habitabilidad o del desarrollo de la producción. En tal sentido, en áreas geográficas marcadas por la dispersión de los objetos en el territorio existe insuficiencia de vías de comunicación, puertos, servicios en general, silos, represas, gasoductos, acueductos, autopistas, etc. Esta deficiencia en la disponibilidad de los *objetos* técnicos implantados en el territorio guarda una relación dialéctica (contradictoria) con las *acciones productivas* que allí se desarrollan, al estar éstas condicionadas por la infraestructura disponible y, a la inversa, la baja densidad poblacional restringe las posibilidades de transformación técnica del territorio y sus dispositivos materiales.

¹² No viene al caso mencionarlos aquí, pero basta con señalar la cooptación del poder político nacional hacia intendentes y gobernadores, en la que éstos quedan prisioneros de los poderes hegemónicos que, casi siempre, terminan impactando en desmedro de los más vulnerables. Se ha comprobado, en numerosos discursos de los productores, el reproche hacia gobernadores y legisladores cuando éstos, en aras de poder “maniobrar” en un país fuertemente centralista, deciden “arrodillarse” ante el poder nacional a espaldas del pueblo.

¹³ Véase el tratamiento de las relaciones productivas que hace Manuelita Núñez en el apartado anterior.

¹⁴ Con el término “estructuración” quiero decir que la opresión que ejercen los más poderosos hacia los eslabones más débiles de la cadena productiva no sólo es un “efecto resultante” (en tanto determina una “estructura”) sino un *proceso* de construcción, histórico, que se *actualiza* en las prácticas sociales del presente, dominadas por mecanismos de cooptación e intercambio de favores que operan en los últimos eslabones de la cadena, incluido los niveles de la dirigencia política.

¹⁵ En el sentido más amplio del término.

¹⁶ Incluido el sector agropecuario.

¹⁷ Con ello quiero decir aquel proceso que “succiona” recursos y/o energías en algún sector de la economía.

¹⁸ Expresión reiterada en discursos oficiales, retomada de tramos anteriores de esta investigación. Como ejemplo, cabe traer a colación que en el momento de máxima

crispación de los productores durante el conflicto con el gobierno en el 2008, representantes del gobierno nacional, incluso la Presidente de la República, expresaron: “*Están tirando la leche en los campos y al costado de las rutas*”. Las imágenes mostrando a productores arrojando leche (me atrevería a decir que se trataba de la misma imagen) recorrieron varios noticieros, buscando así un efecto semiótico de saturación visual con el fin de que cualquier ciudadano inexperto en el tema “creyera” que los productores (como colectivo) serían los culpables de la falta de leche en los hogares argentinos, y responsables de mantener a una fracción importante del pueblo en la pobreza e indigencia extrema. Sin embargo, no sólo que dicha inferencia es infundada porque no hay relación lógica entre un hecho y otro, sino que en torno a aquel indicio puntual el discurso oficial instaló un efecto de *exageración*, cuyo fin fue captar la adhesión de la opinión pública.

¹⁹ En el sentido de marginado.

²⁰ Me refiero con ello al devenir histórico como nación, territorialmente situada y diferenciada en el contexto de naciones. Esa *totalización* supone un proceso de *integración geográfica* ya que toda formación social es, además de una construcción histórica, una *formación geosocial* que se reconstruye en la permanente dialéctica de las relaciones territorio-sociedad.

²¹ Excepto el Grito de Alcorta de 1912. Casi cien años después resurgió un reclamo generalizado de los productores más vulnerables, aquéllos que en las últimas décadas venían actuando desde los bordes semióticos. Así, los PMP se sintieron convocados por las mismas situaciones en las rutas.

²² Con ello quiero expresar que generó una semiosis basada en los indicios corporales y en la acción directa, donde la *tenacidad* fue el baluarte de este proceso.

²³ Como posibilidad “concreta”.